

ISSN 2618-5172

Revista

Rocamadour

Histórias originales

Año 2 | Número 11 | Febrero 2020

\$80

Artículo del mes

La mujer que rompió barreras

Texto del mes

“El segundo sexo”

por Simone de Beauvoir

Autores invitados

Gabriela Brandán

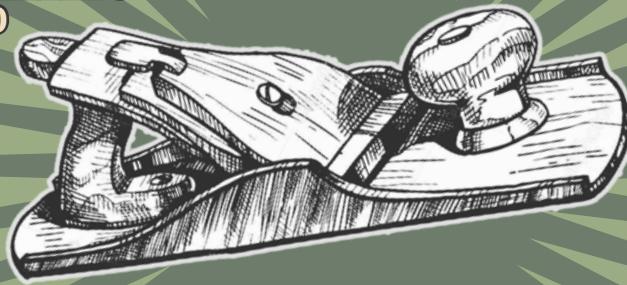
Débora de Castro



Ediciones Rocamadour

CARPINTERÍA

VELEZ SARFIELD 39
(ENTRE SARMIENTO
Y RIVADAVIA)



11
2350
9958
WHATSAPP

Reparación • Decoración • Restauración

MINOTAURO

EDICIONES ROCAMADOUR

Dr. Marcos Paz 2578 - Marcos Paz, Pcia de Buenos Aires, Año 2020
ISSN 2618-5172
www.edicionesrocademadour.com.ar

DISEÑO Y EDICIÓN

Alejandro Torres

CORRECCIÓN DE LOS TEXTOS

Sergio Ortiz y Alejandro Torres

SUSCRIPCIONES

Diego Rojas

(diegoparral2017@gmail.com)

Suscripción\$60

Número simple\$80

PUBLICIDAD

Matías Álvarez

FOTO DE PORTADA

Anónimo

ILUSTRAZIONES DE LOS TEXTOS

Diego Rojas
Mauro de Giuseppe
Alejandro Torres
Federico Avila Corisini
(IG: Dibujando al margen)

Esta revista se terminó de imprimir en enero de 2020, en taller propio - Marcos Paz, Pcia de Buenos Aires. Tapas a cargo de Entre Tintas - San Martín 77, Marcos Paz., Pcia de Buenos Aires.

Las opiniones vertidas por los autores de los distintos textos no reflejan necesariamente las de la revista.



Revista
Rocamadour

REVISTA MENSUAL E INDEPENDIENTE

Febrero 2020
Año I
Número 11



SIMONE DE BEAUVIOR

22 El segundo
sexo (Conclusión)

35 La mujer que
rompió barreras

41 EL MUERTO QUE
LLORA
por Gabriela Brandán

41 DESFASE
por Celeste Silvero

43 Y ASÍ
por Estefanía Brandán

CONTENIDO

- | | |
|--------------------------|--|
| 05 | LA BOTELLA
DE CRISTAL
por Alejandro Torres |
| 11 | MI HISTORIA
CON BÓREAS
por Débora de Castro |
| 13 | DE MORÓN A PARÍS
EN DOS SIMPLES PASOS
por Diego Rojas y
Estefanía Brandán |
| 17 | LLAMADAS
PERDIDAS
por Hugo Canal Bialy |
| 19 | TIEMPO
PRODUCTIVO
por Federico Dipila |
| 38 | LO DISTINTO
por Mauro de Giuseppe |
| 44 | CAMPO
DE AZUCENAS
por M. M. Álvarez |
| LECTURAS VISUALES | |
| 48 | EL AUGE DE COREA DEL
SUR Y LA CRÍTICA SOCIAL
por Pablo Ortiz |

Todos los textos e imágenes publicados en este número son propiedad de sus respectivos autores. Queda, por tanto, prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos de esta publicación en cualquier medio sin el consentimiento expreso de los mismos. Por otro lado, esta publicación no se responsabiliza de las opiniones o comentarios expresados por los autores en sus obras.

Editorial

Simone de Beauvoir ha sido una de las mujeres más influyentes (sino la más influyente) en la historia del feminismo, y pieza fundamental en el binomio *palabra-acción* del intelectualismo del siglo XX. Su pluma ha aportado a la historia social y política del mundo la importancia de encontrar y cimentar una identidad propia en cada mujer, pero también en cada ser. Sus ideas han sido objeto de estudio por miles de profesionales y sus textos fluyen en una autonomía que inspira y provoca.

Cada número de Rocamadour es especial para nosotros, porque cada número muestra una parte de cada uno a través del autor de tapa. En este número hemos elegido (no ha sido tarea sencilla) un texto que resume la idea de su libro más importante y donde confluyen la línea de pensamiento que mantuvo durante su vida intelectual y el principio de un cambio social totalmente necesario. En nuestros tiempos esas ideas siguen latentes con más vigor y oportunidad de concretarse.

También ayudamos a reconocer el personaje detrás de la pluma y la hoja sumergiéndonos un poco en su vida y sus libros para quien tenga la intención o la curiosidad de conocer aún más sus ideas a través de la ficción y el ensayo. Simone ha sido, sobre todo, un puente entre la palabra y la acción: ha fundado una de las revistas más importantes de la izquierda europea y ha cimentado el fundamento feminista de la llamada *tercer ola*. Porque era, como lo denominaba su compañero de vida, Jean-Paul Sartre, una *intelectual comprometida*.

Cuesta reconocer la belleza de un texto si se ve polarizado por la realidad tecnológica y el manojo de distracciones que nos propone este carnívoro sistema. Sin duda el trabajo del escritor consiste en abrir los ojos a los demás golpeando esa realidad, en proponer una base de pensamiento que lleve a discernir entre un conejo y una liebre, en fomentar y atraer al lector a zonas desconocidas pero gratas, en ayudarlo a pensar. Nuestro compromiso con la literatura debe ser tan férreo como los cimientos de una casa, y en esa firmeza las ideas deben ser las paredes que culminan en el techo: nuestros actos. Es verdad que ya nada es como era y que lo que fue jamás volverá a ser. Pero ¿qué sentido tendría seguir adelante si no hay esperanzas de un cambio, por más pequeño que sea? ¿Se trata acaso de una cuestión narcisista de solo decir: yo hice mi parte? Rara ambición la de los escritores que buscan peligrosamente marcar una impronta que no es definida sino por el fin. Por eso, en Revista Rocamadour creemos en el simbolismo de los textos que publicamos y que sabemos tendrán un impacto en quien los lea, porque no solo son cuentos reunidos que cumplen una obligación periódica, sino mensajes; mensajes buscando ser luz en la ceguera cultural.

Publicar una revista, hoy día, no es sencillo, sobre todo cuando una sociedad es atacada con proyectiles que aliena nuestras formas de ver el mundo. Rocamadour se renueva, pero sigue siendo la misma; sobrevive y busca seguir a flote gracias a los lectores que nos eligen mes a mes y que hacen posible todo esto. El escritor estadounidense de ciencia ficción, Philip K. Dick, a sus trece años, publicaba sus cuentos en una pequeña gaceta de Berkeley en la cual defendían la idea del realismo de Chejov y Nathanael West. Bajo esta premisa era exhortado a escribir sobre la vida diaria para controlar su imaginación. No conforme con esto, creó su propia revista literaria en la cual era el único escritor, pero tomó la palabra y la hizo acción. ¿Seguirá siendo, acaso, la tecnología y el conservadurismo el progreso del entretenimiento que derrama sobre nosotros enajenación a la razón? Esa es nuestra premisa para continuar con esta locura idílica. La premisa de Simone, de Dick, la de tomar la disconformidad y hacerla material para mostrar al mundo que querer es poder, y que los grandes cambios comienzan con pequeñas ideas.

ALEJANDRO TORRES

LA BOTELLA DE CRISTAL

Por Alejandro Torres

Ilustrado por Alejandro Torres

El capitán Mouriac estaba sentado frente al navegador Sixmil cuando, por arte del cosmos, un pequeño haz de luz, a través del cristal de la nave, lo golpeó en la cara y lo distrajo de su cavilación.

—¿Qué demonios es eso? —lanzó efusivo— Rástan, necesito un acercamiento a 30° al oeste con dirección aproximada a Saturno.

—Enseguida, señor —contestó un joven alto y de prominente espalda que se comía los dedos del aburrimiento.

El pequeño haz de luz se iba y volvía, parecía ser un objeto iluminado por la luz proveniente de Titán. Rástan se movía cautelosamente en su silla móvil a través de los comandos de control. No había pasado realmente nada interesante hacía ya

unos meses, desde su embarcación a nuevas tierras en busca de suelo fértil.

—El sistema bitemscópico está conectado, aguarda sus instrucciones —le avisó Rástan.

—Gracias, teniente. Acercamiento telescopico aproximado a 10.000 kilómetros —ordenó el capitán. Sobre el cristal de la nave apareció una pantalla en la que podía verse el exterior: rocas, meteoritos, polvo estelar y materiales pesados. Entre toda la suciedad espacial se visibilizó un pequeño artefacto que flotaba, brillaba y giraba en su propio eje.

—No se logra ver bien el objeto, capitán. Podría ser extracivilizacional o intralácteo. No sabemos el peligro que pueda representar, si lo hace.

—Así parece, teniente —adhirio el capitán Mouriac.



—¿Qué sugiere?

—Dígale a McNeil que prepare mi traje de exploración, saldré a averiguarlo por mi cuenta.

—Pero, señor, eso es peligroso para...

—Teniente —lo interrumpió—. Es una orden.

Rástan se comunicó por el intercomunicador con la tripulación trasera de la nave y ordenó que准备n el traje de exploración. Del otro lado, se escuchó una voz fuerte que daba órdenes y en diez minutos estuvo todo listo para que el capitán se embarcase en un acto de locura intergaláctica.

—Todo listo —aviso Rástan.

El capitán Mouriac fue hasta la ante-compuerta principal y se colocó el traje de exploración. La tecnología en ese tiempo era tan avanzada que los trajes eran cada vez más livianos y resistentes. Ya no había preocupación por los problemas de ligereza y comodidad, ni siquiera debían ir conectados a la nave si alguien se propusiese a salir al espacio a explorar. Tenían dos grandes y potentes turbinas para ahorrar en tiempo y peligro. Uno podía tan solo dar un paseo, en un radio de 50 kilómetros, o "tomar aire fresco" y volver en un momento. Pero el peligro de enfrentarse fuera de la nave a seres u objetos desconocidos seguía siendo una tarea pendiente. La compuerta detrás de él se cerró y aseguró la gravedad de la nave. De pronto se vio fuera de la misma, en la lejanía del espacio exterior. Cada vez que lo veía volvía a impresionarse, era como un niño en Navidad.

—Teniente, ¿me escucha?

—Claro y fuerte, capitán.

—Esto es bellísimo. ¿A quién no podría gustarle esta parte del universo? Aún parece curioso que este enorme intersticio entre planetas, estrellas y meteoritos sea solo para nosotros —dijo maravillado.

—Espero que así siga siendo, señor.

—Sin duda, al menos mientras no lo necesitemos. Me aproximaré al objeto, manténgase en contacto.

—Enterado.

El capitán activó los propulsores de plasma y salió disparado a una velocidad moderada en dirección al objeto que continuaba titilando de manera pausada. A medida que se acercaba podía verlo mejor: parecía una roca. Cuando logró acercarse lo suficiente encendió las luces para una mejor apreciación.

—Estoy frente al objeto, teniente. Lo tomaré y

y lo encapsularé.

—Copiado, capitán; obre con cuidado.

Tomó el objeto y lo colocó dentro de un recipiente plástico térmico. Dio media vuelta y emprendió viaje nuevamente hacia la nave. Los pequeños titilos en aquel gran vacío arrinconaban la nave y la rozaban como bailando frenéticamente, convirtiéndose en suaves copos de luz.

—Parece ser una roca, capitán. —advirtió Rástan.

—Yo creo que es un huevo alienígena —rio McNeil, con su potente voz.

—Ya lo descubriremos. —El capitán tomó una pinza y le dio un leve toque en la superficie. Del objeto comenzó a desprenderse lo que parecía ser tierra seca, dejando a la luz la verdadera identidad del objeto: —Es tan solo una botella de cristal —rio el capitán desilusionado.

—Parece tener algo dentro —agrego Rástan.

—Algo así como un papel —advirtió McNeil.

—Parece una broma de mal gusto —sentenció Mouriac tomando el objeto y agitándolo para quitarle la suciedad—. McNeil, tome una muestra del material y mándelo a analizar al laboratorio. Ahora, déjenme solo, por favor.

Toda la sala de aislación estuvo vacía en unos segundos tras algunas quejas. El capitán Mouriac quedó frente a la botella de cristal que posaba tranquila sobre una mesa. La miró detenidamente, tenía un pequeño corcho que finalizaba en el largo pico que la dibujaba; el cuerpo era de un ancho cristal translúcido que impresionaba de belleza. El papel dentro, quizás lo más importante en ese momento, estaba blanco, de un blanco nuevo. Probablemente no hacía mucho que naufragaba en el vacío sideral. La tomó del cuello y continuó contemplándola hasta que la dejó nuevamente sobre la mesa. Quitó el corcho y sacó el trozo de papel dentro. Parecía arrancado de un cuaderno, era una nota:

"Aproximadamente, en las coordenadas cercanas a la órbita de Plutón, el navegador identificó una mancha anaranjada proveniente de afuera de la Vía Láctea. Pensamos que podía ser un asteroide impulsado por el Sol a años luz de distancia, pero a medida que nos acercamos el peligro se hizo inminente. Todo fue muy rápido. Primero comenzamos a perder poco a poco el control de

la nave, luego logramos identificar una fuerza de atracción que nos empujaba hacia el objeto circular. También analizamos la hipótesis de que podía ser una Supernova a punto de explotar, pero lejos estaba de ser una estrella, era inmenso. Al perder por completo el control de la nave nos encontramos en la deponente situación de no tener forma alguna de luchar contra aquello. Ya no hay más remedio que vivir los próximos minutos como si fuesen los últimos. A quien encuentre alguna vez este trozo de papel, evite la ruta de exploración de salida de la Galaxia, hay un camino a 5.000 años luz al este de Saturno para no colapsar con este imponente gigante rojo que no parece ser más que un...

El trozo de papel se terminaba con un corte que no dejaba ver si había un final en el mensaje. Era aterrador. ¿Quién pudo haber escrito eso? El capitán Mouriac decidió mantener en secreto el mensaje del misterioso trozo de papel. No sería un buen augurio para la tripulación que hacía unos meses no veían más horizonte que un oscuro exterior cubierto de rocas espaciales. Si lograban enterarse toda la misión podría degenerarse a un acto de locura colectiva finalizando en quién sabe qué. ¿Era posible, entonces, pensar que alguien más había explorado esos caminos vacíos y cubiertos de nada? Era más posible determinar que aquello representaba una idea descabellada, una broma de la Base Estelar para dar esperanza o miedo a seguir el rumbo marcado. ¿Qué posibilidad barajaba al inquirir que la fuerza del universo arrastraba las condenas de algún penoso cosmonauta? Ninguna. Lo mejor era olvidarlo.

Los días tras el episodio de la botella transcurrieron tranquilos. Planos y cálculos que los llevaban a la galaxia de Andrómeda. Allí esperaban encontrar recursos en lo que anteriormente fue el planeta de los Divinus, una leyenda que corrió durante siglos por el planeta Tierra: sus habitantes cargaron con el peso de ser considerados creadores de todo y terminaron destruyéndose entre sí por el control del universo. Algo parecido al otrora mito del Dios todopoderoso. El Departamento de Inteligencia Intergaláctico (DII) había sido creado hacia tan solo unos treinta años y aún luchaban por establecerse en el poder ante la facción disidente que se hacía llamar Reliquit.

El capitán Mouriac jamás mencionó lo que

había dentro de la botella, "tan solo un trozo de papel, una broma de mal gusto". Cada tanto, Reynolds traía el tema a la mesa, pero nadie le seguía la corriente:

—¿En serio aún piensas en eso? Estamos a millones de kilómetros de casa y solo piensas en un trozo de papel dentro de una botella —lo interrumpió Andrey, el menos experimentado del grupo.

—Solo digo que puede ser probable que el capitán nos esté ocultando algo.

—Y si así es, ¿qué problema habría? —lo interrumpió Rástan—. Si lo hace, es por nuestro bien. Deberías estar encargándote de estudiar la ruta para no chocar con ningún material pesado ahí fuera. Todavía nos quedan algunos meses hasta llegar a Plutón.

El capitán Mouriac entró en la sala de mandos y automáticamente todos se callaron.

—Muy bien. ¿Qué es lo que no debería oír ya que todos se quedaron callados? —Todos se miraron entre sí, pero nadie contestó—. Teniente ¿cuál es la situación adelante nuestro?

Rástan miró a todos a su alrededor, todos lo miraban:

—Se aproxima un asteroide a doscientos años luz de distancia. Caerá cerca de Tritón.

—¿Debemos cambiar el rumbo?

—No, señor. No creo que corramos riesgo.

—Muy bien. Manténgame al tanto si ocurre algo. Todos los demás, de nuevo a trabajar.

Cada día el capitán Mouriac despertaba ante el oscuro paisaje negro alumbrado por pequeños puntos blancos que dejaba entrever la ventanilla de su cuarto. Recordaba aquel hermano que había dejado en el planeta Tierra, y que jamás volvería a ver por consecuencia de la velocidad en que se desplazaban. Sentía un horrible déjà vu, una repetición infernal que acababa con la poca cordura que lo acompañaba. A sus tripulantes una y otra vez la locura de aquel pastoso alimento y la dura almohada los llevaba a una discusión de temperaturas que ascendían las del Sol y terminaban con trabajos de recopilación como castigo. Todo era igual, cada día se repetía de la misma maldita forma y acababa ensanchando la espera de una acabada esperanza.

No existe entrenamiento para la espera y la soledad. Pero existen formas de acabar con ese infernal calvario, y son las de morir por mano pro-

pia, formas más consagradas a determinar estados mentales altamente alterados por el ofuscoso terreno inexplicado de la mente. En reiteradas ocasiones, durante la comida, Andrey alteró sus ideas haciéndolas insoportables:

—Capitán, ¿cree usted en los déjà vu? O soy solo yo que no soporto ya ese pitido infernal ante el silencioso motor.

—Tiene que mantener el control si quiere llegar a tierra firme, soldado.

—Un día de estos acabaré con mi vida y lo sabrán, y tendrán que vivir con eso.

—Procure hacerlo tras la navidad, soldado. —dijo el capitán y rieron todos.

—¿Cómo se lleva el control de los días en tan enferma exploración?

—Simplemente no se hace. Es imposible. Hoy sería Navidad y en unas horas Año nuevo. Pasaríamos los días festejando la Independencia y luego Acción de gracias y así, por el resto de nuestros días, eternamente. Viviríamos de fiesta en fiesta, acabaríamos con las provisiones en cuestión de días y moriríamos.

—Creo que podría adaptarme —rio Rástan.

—Creo que acabaría con mi vida antes de con-

vertirme en un uróboro —advirtió Andrey muy en serio.

—El viaje en el tiempo sería cosa seria, soldado. Evitaríamos estas expediciones inacabables, pero no hemos llegado a tal cosa aún. Lo mejor es tratar de acostumbrar la mente a la repetición, hasta que esta acabe. Déjeme preguntarle algo: ¿Cuál fue el motivo de su embarcación, Andrey?

—Bueno... creo que, como todos, la búsqueda de la esperanza, la caja de Pandora que se haya en algún escondrijo del universo.

—¿Tiene familiares allá abajo?

—Esposa y dos hijas, señor.

—Le sugiero entonces, que use ese aliciente para mantener los pies sobre la nave. Le aseguro que será mucho más placentero así.

Pero el capitán sabía que aquello era tarea no solo difícil, sino imposible. Las primeras expediciones llevaron décadas y todo había acabado en días. La perfección de los sistemas de navegación y las rutas de exploración estaban recién siendo reconocidas. Cada noche el capitán Mouriac contemplaba las estrellas y apretaba los dientes bajo la música de Mozart, aquello lo mantenía en regla, pero nada acaba sin antes volver a empezar.

ESTUDIO



Diez
arquitectura ■

- Anteproyectos.
- Planos.
- Reformas.
- Construcción en general.
- Trabajos en la Costa Atlántica y Club de Campo Las Hojas (M.Paz)

San Martín 88 - Marcos Paz C.P. 1727 - Bs. As.

Te. (0220) 477-0380 Ce. (02227) 15-412734

estudio10diez@gmail.com

A los dos días -según la contabilidad de los relojes digitales- Andrey se quitó la vida en el baño de la nave con un destornillador. La herramienta atravesó su oreja dejando visible solo el mango de este. Todos lamentaron aquel episodio, pero no lo lloraron ni prolongaron el pésame ya que había una costumbre en el aire que sulfuraba el ambiente de repeticiones en sus cabezas. Andrey había sido valiente al cumplir con su palabra radicando una idea general en la nave: el suicida es un asesino cohibido. Y con esa premisa todos podían caer en la tentación.

Tras el episodio, Mouriac tuvo la precaución de presenciar todos los arreglos y pasaba sus días caminando la nave procurando transmitir omnipresencia para evitar que los demás terminen como Andrey, quizás por el miedo de quedar solo en esa enorme masa de tornillos y tuercas. Pero, todo lo que se repite termina por perder sentido y así concientiza que somos el tiempo que nos queda.

La cultura occidental antigua enseñaba a desdenar el acto de morir por mano propia. Era tildado como una aberración del hombre sin alma. Sin embargo, el tripular tras largos años hacia rumbo casi desconocido no hacía más que desvalorizar la carne que a uno lo envuelve ya que las ideas quedan en un plano del que ya es imposible volver. En otras expediciones los tripulantes habían abierto las compuertas y se habían arrojado al vacío librando su suerte a la muerte rápida. Esta cultura actual no reprimía el acto de morir. Ofrecía todas las comodidades para el fin del sufrimiento.

“Andrey había sido valiente al cumplir con su palabra radicando una idea general en la nave: el suicida es un asesino cohibido. Y con esa premisa todos podían caer en la tentación.”

—Capitán, ¿recuerda el acontecimiento de 2066?

—Claro, Rástan. La tripulación entera del V-14 se arrojó al vacío y su nave se estrelló sobre Ganímedes.

—¿Y el de 2070?

—¿Por qué me pregunta esto? —inquirió Mouriac, con el ánimo de evadir la pregunta.

—Es solo una manera de pasar el tiempo, capitán.

—A todos nos han enseñado historia intergaláctica en la academia, usted sabe perfectamente lo que ocurrió.

—Esto no aparece en los libros de historia de la academia, capitán.

—Le advierto, teniente, que está pisando arenas mojadas.

—No, señor. Lo único que pisamos, hace ya quince años es esta lustrada hojalata elevada en el vacío. ¿No es irónico? Pisar el vacío.

—Está alarmando a los demás, teniente, es su última advertencia.

—Septiembre 25 de 2070. Suicidio en masa con nada menos que cianuro. El Departamento los había provisto de esa sustancia antes de despegar a sabiendas de qué podía ocurrir. El Departamento fue responsable de aquella catástrofe. Pero antes de abordar la nave todos debieron firmar un papel que los eximía de toda responsabilidad.

—Se acabó, teniente. Lo depongo de su puesto. Reynolds, escolte al teniente a su habitación.

—...sin embargo —Rástan le dio la espalda al capitán y comenzó a hablarle a sus compañeros—, a la hora de marchar no se nos ha provisto de material alguno para llevar esta misión a su final de manera apresurada. Creo que solo somos los conejitos de india, otra vez.

Volviéndose nuevamente al capitán, enderezando la espalda y ensanchando el pecho, Rástan continuó:

—Capitán, creo que tiene usted que saberlo. Hemos decidido terminar con esto. Finalizaremos la misión sabiendo que nada termina realmente.

—Pero... qué dicen, no pueden hacerme esto.

—...la decisión de Andrey nos ha dado fuerzas a terminar con la monotonía de este estilo de vida. No se puede llevar una adelante sin tenerla, y esa ha sido la premisa de todo. Quizás nos espere algo después de la muerte, no lo sabemos. Estamos dispuestos a averiguarlo.

—...utilizaremos etilenglicol, laboratorio ya ha preparado las muestras. Han sido extraídas del anticongelante del combustible.

—Lo que dicen es inconcebible.

—...tiene un sabor dulce, sufriremos algunos mareos y dolores abdominales, hasta finalmente entrar en coma. Nuestra vida no vale más que ninguna otra, y es solo nuestra. Diremos adiós a nuestros seres queridos desde nuestras habitaciones.

El capitán Mouriac supo que de nada valía dar órdenes ni había manera de restablecer el orden en la nave. Era una decisión tomada y era colectiva. Debía decidir el finalizar la tarea solo o unirse al frenesí de los sin motivos. Repentinamente la alarma de emergencia comenzó a sonar con una aturdidora sirena prolongando la desgracia y haciéndola eterna: el nepente. Las pantallas se pusieron rojas y emitieron mensajes indescifrables. Los controles comenzaron a fallar.

—¿Qué ocurre, teniente?

—No lo sé, señor. Estoy tratando de dilucidar estas luces en el control de mandos. La alarma se encendió por un objeto no identificado que orbita muy cerca de la nave. Nos acercamos a una colisión de frente.

—¿Se trata del asteroide que mencionó hace unos meses?

—No estoy seguro, señor. Es probable —dudó Rástan—. El asteroide tenía una leve inclinación hacia Tritón, lo que, al calcular su velocidad de rotación, el navegador arrojó aquel destino.

Mouriac no tenía más remedio que aceptar esa versión de lo que acontecía. Había un problema urgente, y era que la nave se perfilaba a una catástrofe.

—Pueden reparar el control del navegador Sixmil antes de la colisión?

—No lo sé con exactitud. Puede llevarnos horas. Pero la nave se aproxima a una velocidad escalofriante.

—Debe intentarlo, teniente, no tenemos alternativa. ¿Han intentado comunicarse con la Base Estelar?

—Sí, pero lo que sea que es esa cosa interfiere en la señal y no nos permite hacer contacto, estamos totalmente incomunicados.

El capitán Mouriac se detuvo a pensar en toda la situación. Desde aquel episodio extraño de la botella se marcó un hito en su cabeza, todo resul-

“Durante largos meses mantuvo en secreto el mensaje de la botella procurando que sea mentira, no esperaba encontrarse ante cierta verdad.”

taba extrañamente conocido, como un déjà vu. Durante largos meses mantuvo en secreto el mensaje de la botella procurando que sea mentira, no esperaba encontrarse ante cierta verdad. Ahora tenía más miedo que cuando encontró aquel objeto, y entendió que aquel papel no era una bitácora de viaje ni mucho menos otra cosa: era una advertencia. Mouriac pensó un instante hasta que pudo hablar.

—¿Cuál es nuestra ubicación, teniente? —preguntó sabiendo la respuesta de antemano.

—Estamos cerca de la órbita de Plutón, señor. 180.000 kilómetros de distancia, la colisión es inminente.

El capitán Tomó un cuaderno y una pluma que estaban encima de una mesa. Todos a su alrededor mantenían un ademán escalofriante, sus caras, sus decisiones, parecían ya dispersas. Lo que había sido una decisión tomada, ahora parecía revolver los estómagos en verdades escondidas.

—120.000 kilómetros. ¿Qué demonios es eso? —gritó horrorizado Rástan mirando al frente.

Mouriac comenzó a redactar una nota sobre el papel y una vez que finalizó lo arrancó y miró en todas direcciones buscando algo hasta que lo encontró: era la pequeña botella que hacía unos meses rescató del naufragio espacial.

—¡Capitán! 60.000 kilómetros. ¡No quiero morir!

Le quitó el corcho e insertó el papel dentro, doblándolo de manera que pase por el cuello de la misma. Cuando la tuvo en sus manos vio como la nave colisionaba contra un vacío hasta que todo fue oscuridad.

El capitán Mouriac estaba sentado frente al navegador Sixmil cuando, por arte del cosmos, un pequeño haz de luz, a través del cristal de la nave, lo golpeó en la cara y lo distrajo de su cavilación...

MI HISTORIA CON BÓREAS

Por Débora de Castro

Odi et amo (...) Catulo

Nunca tuve un amor así. En realidad sí lo tuve; era como siempre me gustaron: ojos negros y profundos, cara ovalada, cejas perfectas y una piel morena tan suave, que era una delicia besarla.

Tenía el cabello negro y hasta los hombros, usaba una colita horrible, porque no le gustaba el pelo frizado, aunque para mí, me parecían los bucles de Lavinia adornando su delicado y bello rostro. Su aguda voz penetraba mi oido y me dejaba en estado de éxtasis, hasta que me daba cuenta que me preguntaba algo... desearía escuchar una de sus preguntas tan banales y estúpidas. Una gran parte de mí siempre supo que nunca me amó... pero mientras nos juntábamos a tomar mate o a besarnos hasta hacer el amor, disfrutaba su compañía. ¿Quién diría que duraría tan poco? Las horas que pasamos fueron hermosas, pero el rato se pasaba como minutos y cada hora era consumida por el olvido de los relojes y el cálido abrazo del amor.

Nos conocimos por una aplicación de internet que ni vale la pena nombrar. Entre el múltiple catálogo de personas me encontré con su imagen, tan hermosa y sonriente, con el cuerpo cubierto de tatuajes pero su gran singularidad era su cara, y unos grandes ojos oscuros. Mientras dormitaba en la cama, me parecía que cada imagen contaba una historia, en la cual siempre estaba con sus mascotas, amores o familiares e imaginaba qué lugar de su cuerpo ocuparía, si me dedicaría un tatuaje entre el omoplato izquierdo o quizás se tatuaría un beso mío en el pecho, ese que me gustaba besar y mimar con suavidad.

Pero cuando se cumplían las trece de cada día, no estaba más. Al principio creí que era una broma de mal gusto. Por ejemplo: cuando me dejó en el completo abandono ese domingo en Las Heras, llamé repetidas veces a su teléfono, pero no me contestó, pregunté y describí a mi amor a los pueblerinos y nadie "vio a tal persona". "Me abandonó", pensé, luego a las diecisiete de ese mismo día, por fin responde y dice: "Es muy complicado de explicar; pero me hubiera gustado conocerte más" "Me boludeaste, bombón" atiné a decir. Se disculpó y cinco días después nos vimos en una horrible noche de invierno: Ahí estaba, esa carita parece que valió todo, me besó y amé, como a nadie en realidad, con la simpleza del aire que todos sienten pero no pueden ver. Nos amamos toda la noche, y nada me pareció extraño hasta que después del almuerzo no me saludó y se fue. Siempre, después del mediodía, un viento frío congelaba mi cuello y desaparecía, sin saludar: "Se fue otra vez", pensaba. "La próxima, cerraré las ventanas y las puertas para que no escape de repente" y así lo hice, pero como abrir y cerrar de ojos a las trece se iba, quizás era un fantasma, pero es extraño porque ellos no existen.

Llegué a un estado febril de amor, todo lo que hablaba, me deprimía y pensaba con dolor "No me ama, no me explica, no me quiere". Rompía las hojitas de laurel y lloraba en las plantas de menta, mientras papeles de mi trabajo sin revisar se acumulaban sin razón ni descanso. No dormía bien de noche sin suspirar su nombre y solo hablaba conmigo, antes de decirle algo incorrecto o ensayaba qué frases serían las mejores para discutir y llegar a un acuerdo. Luego, reflexione si cabía en la posibilidad que fuera un ser etéreo que

se materializaba en mi presencia, ante mi mirada azul. Quizá se desfasaba en un espacio-tiempo, entonces debo suponer que era esa persona, la que vi en mi niñez de piel morena, sonrisa grande y regalándome un caramelo, como si ya me conociera de toda la vida. Ahora no está, pero sí estuvo para mí. El viento me acariciaba, y si hubieras estado conmigo, lo hubieras sentido, mi amor. La treceava vez que te vi, llevabas un pantalón oscu-

“Tu grito agudo hizo que te desvanecieras, como pétalos que se lleva el viento como hojas en otoño, como arena en el desierto.”

ro y una blusa rosa que realzaba lo rosado de tus mejillas. Pero no me viste, no me miraste, te cruzaste de vereda, casi volando. Era primavera, pero sentí caer nieve a mi alrededor cuando vi tus ojos oscuros y me congelé al perderte de vista en las múltiples diagonales de Padua; entonces corrí, sabía que si no te decía qué me pasaba, jamás podría. Te amaba, pero no te entendía. Belleza, me tropecé varias veces antes de volver a divisarte, grité tu nombre, y te diste vuelta: tu grito agudo hizo que te desvanecieras, como pétalos que se lleva el viento, como hojas en otoño, como arena en el desierto. Entonces limpié mi cara y entendí: que tu existencia no era lo que yo creía, quizás solo eras una ilusión de lo que yo quería amar.

Me preocupaba que te cruzara en los lugares que frecuentábamos, que te enojaras si no tuviera dinero para tomar un helado. Quizás yo te avergonzaba, mi amor. Pero no pasó así: jamás te volví a ver, ni supe cómo hablarte... porque desapareciste de mí, mi dulce flor rosada. Pero ya no me preocupo por ilusiones o espectros o seres etéreos, la próxima vez, pellizcaré dos veces antes de amar.



Vaquería Unisex

Independencia 117/123 - Marcos Paz - 477-0722

(Aceptamos todas las tarjetas de débito y crédito)

Lunes a sábados de 9 a 13 / 16.30 a 20.30

DE MORÓN A PARÍS EN DOS SIMPLES PASOS

Por Diego Rojas y Estefanía Brandán

Ilustrado por Diego Rojas

30 de junio de 1996
Morón, Buenos Aires, Argentina

Querida Lucia:

Sé que han pasado casi siete meses desde que te escribí la última carta, pero comencé a hacerlo el mismo tiempo atrás, una tarde mientras llovía y Aroldo (tuve la necesidad de nombrarlo cuando comenzó a ser una buena compañía) descansaba junto a mí en el sofá que da frente al televisor. Pero no pude terminarla, porque en un estallido del cielo el pequeño Aroldo se asustó y en un acto, que creo hasta el día de hoy lamento, con una de sus patas derribó el jarrón que colocaste en esa pequeña mesa a un costado izquierdo del sofá. Ese mismo jarrón al que decoraste con unas margaritas de plástico y de cuando en cuando regabas para intentar darle más naturaleza al hogar. Yo seguía haciéndolo como vos acostumbrabas, a las seis de la tarde, con un vaso de vidrio, vertía agua sobre sus indiferentes pétalos, mojando más la mesa que su misma textura, pero aun así no importaba, porque eso me mantenía más cerca de vos, te mantenía en nuestro hogar tarareando y regando margaritas de plástico. No pude terminar la carta porque el jarrón y las margaritas decoraban el suelo de la sala, en mil pedazos, no pude terminar la carta porque me puse a unir cada pedazo de tu jarrón con pegamento, hasta dejarlo exactamente igual a como estaba antes de que Aroldo lo derribe luego de asustarse o por lo menos eso creía. Me tomó cinco horas colocar cada fragmento en su lugar, hasta que por fin las margaritas todas juntas en un ramo, un hermoso ramo de plástico, volvieron a rozarse en el mismo jarrón donde vos las dejaste, en la mesita que da a la izquierda del sofá. No pude terminar de escribir la carta porque el jarrón no era el mismo, cuando vertí un poco de agua sobre su contenido noté que estaba rajado, el pegamento unió las piezas pero no podía ocultar el desgarro que partía al jarrón en muchas partes, en pequeñas partes desiguales, y automáticamente te recordé armando tu valija junto a la cama, llorando por no gritar, con furia, rompiéndote como el jarrón. Pero estabas en París, supongo que pegando tus partes, y yo estaba en Morón intentando recomponer algo que ningún pegamento podía ocultar.

Ese día decidí nombrar a Aroldo, que hasta ese entonces solo me acompañaba cuando me sentaba a ver la tele apagada o a leer algún libro. Las cosas cambian, Lucia, Aroldo es testigo de cómo el tiempo vuelve a transcurrir normalmente para mí y de cómo no pude terminar de escribir esa carta, para luego meses más tarde comenzar a escribir esta carta, la carta que nunca creí que te escribiría. Las cosas cambian como dije, aunque hay cosas que nunca van a hacerlo, como la forma en la que me mirabas cuando divagaba acerca de mis escritos o como inclinabas la cabeza cuando yo describía con exactitud lo bello de tu rostro, lo verde de tus ojos y lo cínico que me sentía besando tus hombros. Hay cosas que nada ni nadie me va a quitar nunca, como el hecho de que hoy escribí esta carta para contarte por última vez que estoy bien y que cada vez que me siente a leer libros en el sofá que da justo enfrente del televisor voy a recordarte, y no armando tu valija o gritando para no llorar, sino acomodando tu pelo cuando en un beso nos encontramos por primera vez.

Ariel

(Estefanía Brandán)

Junio 29, 1996
París, Francia

No he sabido de vos en un buen tiempo y no sé si es bueno o malo... o solo es. Quizás las cosas tomaron su rumbo de una vez por todas y cada uno pudo retomar su vida. O no. He estado pensando en varias cosas. La primera de ellas es sobre cómo las personas tendemos a idealizar lo que ya no está por el simple hecho de no tener más el control. Y la otra, bueno, es un poco más personal. Te extraño. Supongo que ahora de este lado es cuando las cosas caen por su propio peso y en la garganta tengo ese nudo que no me deja respirar porque no sé cómo estás. Creo que tu ausencia es buena. Siempre dependiste demasiado de mí y viviste para mí y aunque suene egoísta yo lo disfrutaba y ahora que no lo tengo es raro. Porque, aunque me duela, tengo que empezar a aceptar que mi vida no era a tu lado.

¿Cómo cuesta soltar, no?

Recuerdo lo bueno. Mente puta la del ser humano, che.

Recuerdo las tardes en San Telmo, las noches en cualquier lado menos en casa, si es que se le puede o podía llamar casa. A la distancia solemos apreciar lo que ya no está.

No supe despedirme a tiempo, no sabía hacerlo entonces y dudo que sepa ahora. Creo que más bien que esta carta, esta última carta es un HASTA LUEGO.

Gracias por los años dados.

Gracias por todos los recuerdos que me dejaste.

Espero que todo continúe bien para vos.

Con amor, hasta siempre, Lucía.



IMAGEN
actual
Peluquería unisex

Martes a viernes de 17 a 20.30 / Sábados de 10 a 12.30 y 17 a 20.30 hs.

Belgrano 2115 - Marcos Paz / Turnos y consultas: 11-5929 8059

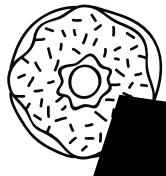
LA CHURRERIA DE MARCOS PAZ

PASTELERIA • BOLLERIA • CHOCOLATERIA

Cafeteria  Licuados
SERVICIO de Mate



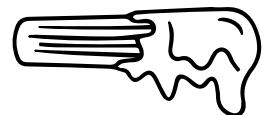
Otras
delicias
Donuts



¡Nueva sucursal
Mariano Acosta!
visitános en Superí 679
(frente a la
cooperativa)

Marcos Paz
BOLLENGUE
3132

Churros!



Rellenos de Dulce de Leche | Crema Pastelera | Bañados en Chocolate

Churros de Chocolate | Porras madrileñas | Churros Valencianos

Churros Bombón | Churros Salados

Tostados - Berlinesas

Pastelitos

Waffles - Panqueques



LLAMADAS PERDIDAS

Por Hugo Canal Bialy

Ilustrado por Mauro de Giuseppe



El celular en mi bolsillo parecía cobrar vida propia en ciertas ocasiones, llamando a gente que no había intentado comunicarse, y lo más extraño, recibiendo llamadas perdidas de números desconocidos, que sin embargo querían decirme algo, me daba cuenta del remitente por el contenido del mensaje.

Así fue como me contactó mi primo Julián, para consultarme si lo había llamado, la respuesta era negativa, pero coincidía con la invitación para ir a la cancha el próximo fin de semana.

Más curioso resultaban los caracteres tan precisos: "Te olvidaste de comprar los tomates y el durazno para la torta", leí el listado que había preparado mi esposa y figuraban estas frutas y verduras, pero efectivamente me había olvidado de comprarlas, salvé la omisión y pasé por la verdulería. Al llegar a casa, le agradecí por el llamado para recordarme comprar esos artículos y ella me regañó, diciendo que no me había enviado ningún mensaje, que estuvo toda la mañana haciendo las tareas de limpieza en la casa.

Algo muy loco me sucedió en el recital de *Ciro y los Persas*, cuando el cantante propone dos canciones para que el público pueda votar un tema de *Los Piojos* para ser interpretado. Antes de que Ciro en su *acting*, postule a "Los mocosos" y "Genius", me llegó un texto al celular que solo decía: "Genius", el tema favorito por amplia

mayoría.

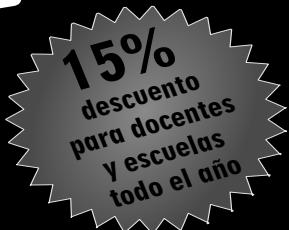
Con este sistema de llamadas perdidas o textos inducidos, pero sin explicación, o alguien que los enviara identificándose, recibí recordatorios de fechas de cumpleaños días antes del evento, o con mayor precisión: qué regalo comprarle a Maty e inclusive el gusto de helado, que será del agrado de hijos de mis amigos.

No funcionaba ni con los números de la quiniela, ni con las prevenciones sobre la muerte como en la película *Destino final*.

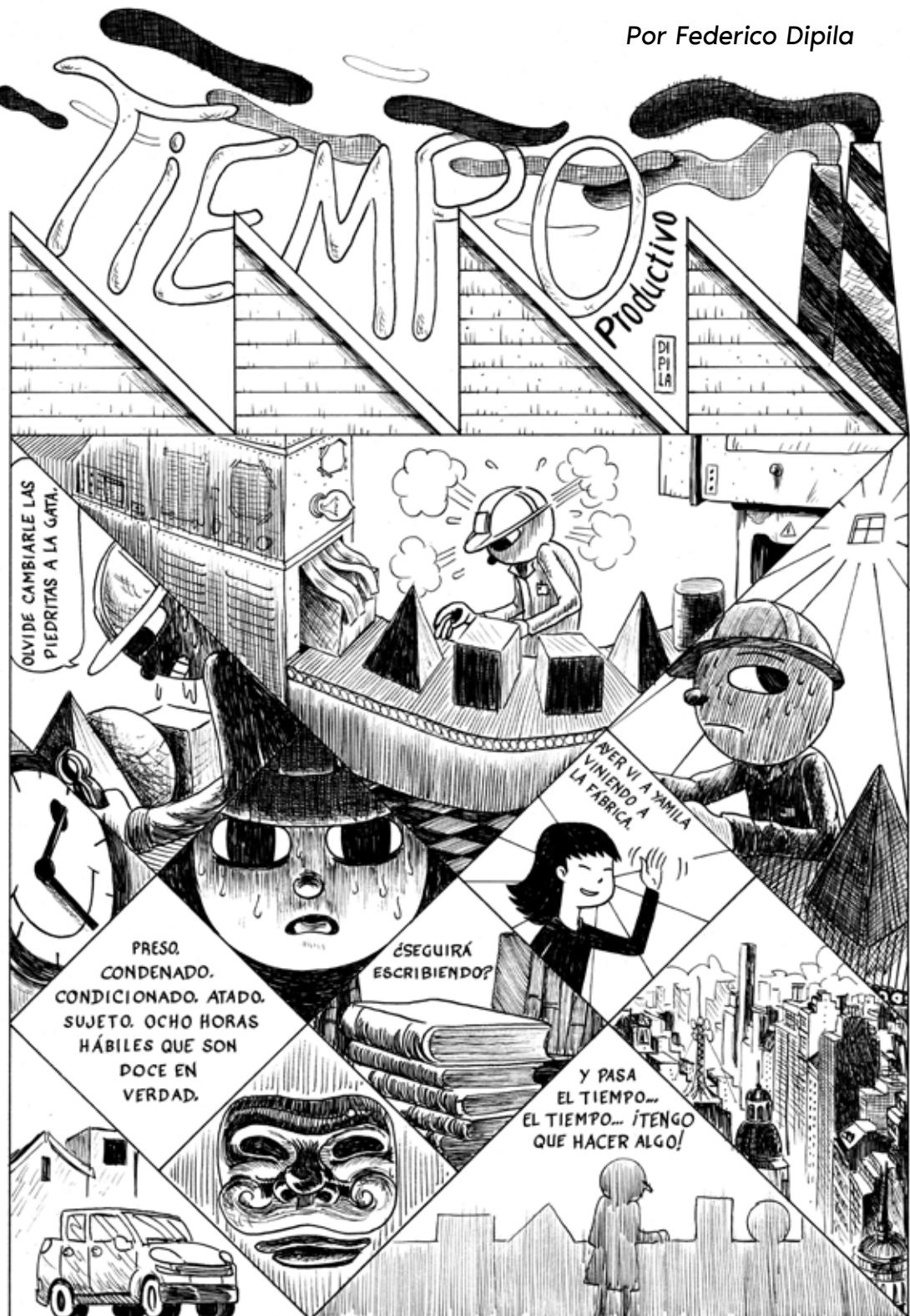
El audio de voz más insólito, por lo inédito y atemporal, lo recibí un lluvioso domingo primaveral, que parecía invierno: "Calle 83, entre 8 y 10, a dos cuadras de Avenida 79 y tres cuadras del mar, preguntar por Doña Rosalía. Primer quinceña de febrero". Mis mejillas bañadas por lágrimas lo captaron todo, sin mayores datos comprendí que la notificación la enviaba mi abuelo Pepe, quien había muerto 35 años atrás, y de niños siempre nos llevaba a veranear a Necochea. En los últimos diez años, con mis hermanas fantaseábamos con retornar, pero no llegábamos a decidirnos, hasta que el viejo nos mandó las coordenadas, la dirección precisa, hasta la fecha, ya pedirle el teléfono o el e-mail era demasiado, pero me lo imagino sonriendo con su gorra, las manos en la cintura, con el agua de mar hasta sus pantorrillas, ayudándonos a volver al lugar donde fuimos felices.



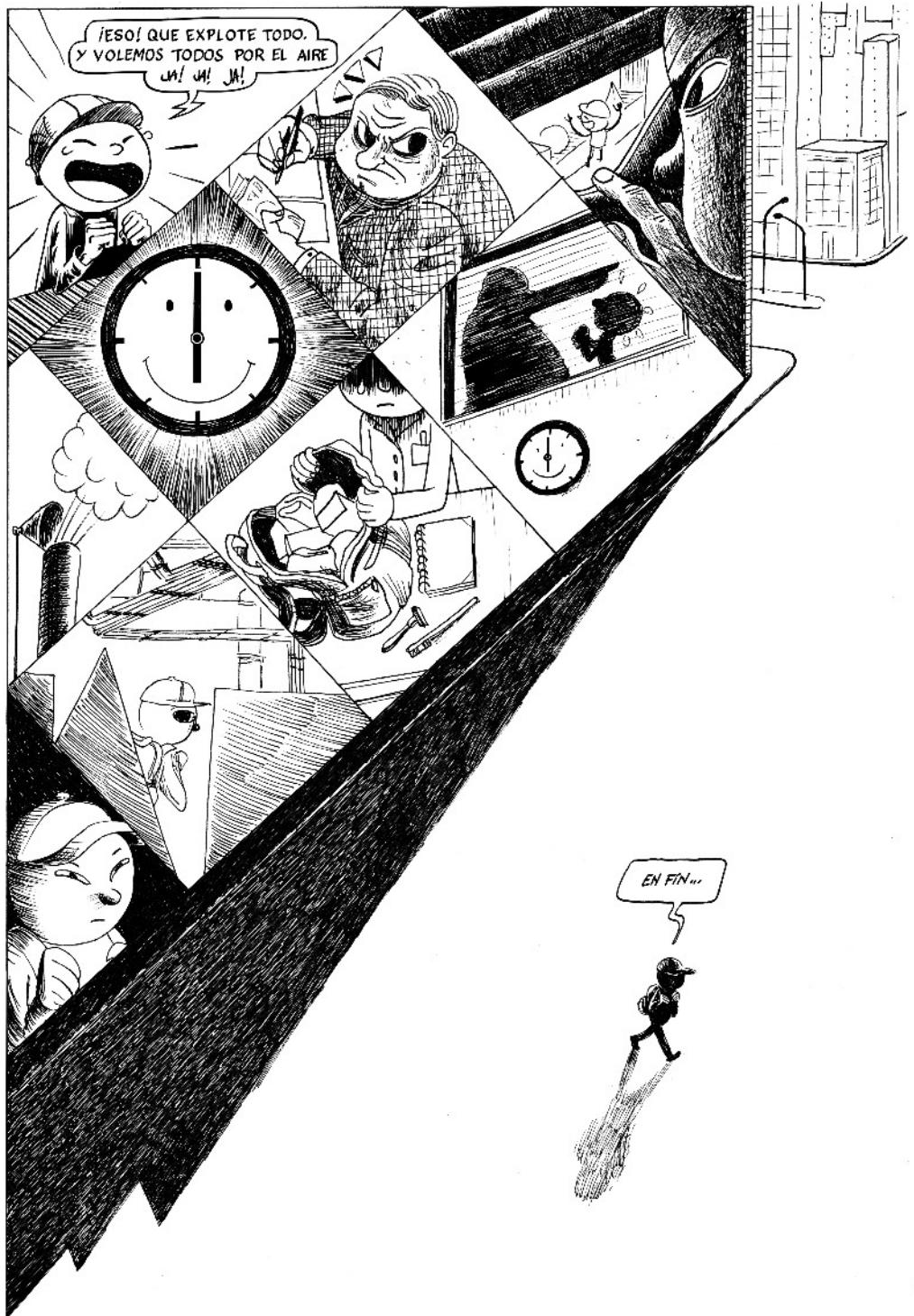
Textos escolares | Idiomas | Manuales
Novelas | Fantasía | Novedades | Usados



Pedidos por mail a: alejandrotorres_lp@hotmail.com
WhatsApp: 11-2350-9958
Facebook e Instagram: Rocamadour Libros







de El segundo sexo (1949)

Por Simone de Beauvoir



CONCLUSIÓN

No, la mujer no es nuestro hermano; mediante la pereza y la corrupción, hemos hecho de ella un ser aparte, desconocido, sin otra arma que su sexo, lo cual no solo es la guerra perpetua, sino un arma de guerra maligna -adorando u odiando, pero no compañera franca, un ser que forma legión con espíritu de cuerpo, de masonería-, desconfianzas de eterna y pequeña esclava.»

Multitud de hombres suscribirían aún esas palabras de Jules Laforgue; muchos piensan que entre ambos sexos siempre habrá «intriga y discordia» y que jamás será posible la fraternidad entre ellos. El hecho es que ni hombres ni mujeres están satisfechos hoy unos de otros. Pero la cuestión estriba en saber si se trata de una maldi-

ción original que los condene a desgarrarse mutuamente o si los conflictos que los oponen no expresan más que un momento transitorio de la Historia humana.

Ya hemos visto que, a despecho de leyendas, ningún destino fisiológico impone al Varón y a la Hembra, como tales, una eterna hostilidad; hasta la famosa mantis religiosa solamente devora al macho a falta de otros alimentos y en interés de la especie: a esta última se subordinan todos los individuos de arriba abajo en la escala animal. Por lo demás, la Humanidad es algo distinto de una especie -un devenir histórico- y se define por la manera en que asume la ficción natural. En verdad, ni siquiera con la peor mala fe del mundo, es imposible descubrir entre el varón y la hembra humanos una rivalidad de orden expresamente fisiológico. Más bien habría que situar su hostilidad en ese terreno intermedio entre la biología y la psicología que es el del psicoanálisis. Se dice que la mujer envidia al hombre su pene y desea castrarlo; pero el deseo infantil del pene no adquiere importancia en la vida de la mujer adulta más que en el caso de que ella experimente su feminidad como una mutilación; entonces, y en tanto que encarna todos los privilegios de la virilidad, es cuando desea apropiarse del órgano masculino. Se admite de buen grado que su sueño de castración tiene una significación simbólica: se supone que desea privar al varón de su trascendencia. Su anhelo, ya lo hemos visto, es mucho más ambiguo: de un modo contradictorio, quiere tener esa trascendencia, lo cual supone que la respeta y la niega al mismo tiempo, que pretende precipitarse en ella y retenerla dentro de sí a la vez. Es decir, que el drama no se desarrolla sobre un plano sexual; la sexualidad, por otra parte, jamás se nos ha presentado como definidora de un destino, como portadora de la clave de las actitudes humanas, sino como expresión de la totalidad de una situación que contribuye a definir. La lucha de los sexos no está inmediatamente implicada en la anatomía del hombre y de la mujer. En verdad, cuando se la evoca, se da por supuesto

que en el cielo intemporal de las Ideas se desarrolla una batalla entre esas esencias inciertas: el Eterno femenino y el Eterno masculino, y no se echa de ver que ese titánico combate reviste en la Tierra dos formas completamente diferentes, correspondientes a momentos históricos distintos.

La mujer, confinada en la inmanencia, trata de retener también al hombre en esa prisión; de ese modo, esta se confundirá con el mundo y ella no sufrirá ya por estar encerrada en la misma: la madre, la esposa, la amante, son otras tantas carceleras; la sociedad codificada por los hombres decreta que la mujer es inferior: y ella solo puede abolir esa inferioridad destruyendo la superioridad viril. Se dedica a mutilar, a dominar al hombre; le contradice; niega su verdad y sus valores. Mas con ello no hace otra cosa que defendérse; no han sido ni una esencia inmutable ni una elección culpable las que la han condenado a la inmanencia, a la inferioridad. Le han sido impuestas. Toda opresión crea un estado de guerra. Y este caso no es una excepción. El existente al que se considera como inesencial no puede dejar de pretender el restablecimiento de su soberanía.

Hoy el combate adopta otra forma: en lugar de querer encerrar al hombre en un calabozo, la mujer trata de evadirse; ya no pretende arrastrarlo a las regiones de la inmanencia, sino deemerger a la luz de la trascendencia. Es entonces la actitud de los varones la que crea un nuevo conflicto: el hombre «concede su libertad» a la mujer de muy mala gana. Le gusta seguir siendo sujeto soberano, superior absoluto, ser esencial; se niega concretamente a tener por igual a su compañera; y ella replica a esa desconfianza con una actitud agresiva. Ya no se trata de una guerra entre individuos encerrados cada cual en su esfera: una casta reivindicadora se lanza al asalto y es tenida en jaque por la casta privilegiada. Son dos trascendencias que se afrontan; en vez de reconocerse mutuamente, cada libertad quiere dominar a la otra.

Esta diferencia de actitud se proyecta tanto en el plano sexual como en el espiritual; la mujer «femenina», al hacerse presa pasiva, trata de reducir también al varón a su pasividad carnal; procura hacerle caer en la trampa, encadenarlo a través del deseo que despierta, haciéndose dócilmente cosa; por el contrario, la mujer «emancipada» se quiere activa, prensil, y rechaza la pasivi-

dad que el hombre pretende imponerle. De igual modo, Elise y sus émulas niegan su valor a las actividades viriles; colocan la carne por encima del espíritu, la contingencia por encima de la libertad, su prudencia rutinaria por encima de la audacia creadora. Pero la mujer «moderna» acepta los valores masculinos: pone todo su amor propio en pensar, obrar, trabajar y crear con los mismos títulos que los varones; en lugar de tratar de rebajarlos, afirma que se iguala a ellos.

En la medida en que se expresa en actitudes concretas, esa reivindicación es legítima; y entonces la insolencia de los hombres es la que resulta condenable. Pero hay que decir en disculpa de ellos que las mujeres embrollan a propósito las cartas. Una Mabel Dodge pretendía esclavizar a Lawrence con los encantos de su feminidad, con objeto de dominarlo después espiritualmente; muchas mujeres, para demostrar con sus éxitos que valen tanto como un hombre, se esfuerzan por asegurarse sexualmente un apoyo masculino; juegan así con dos barajas, reclamando a la vez antiguas consideraciones y una estimación nueva, apostando a su antigua magia y a sus recientes derechos; se comprende que el hombre, irritado, se sitúe a la defensiva; pero también él es falaz cuando exige que la mujer participe lealmente en el juego, al mismo tiempo que, con su desconfianza y su hostilidad, le niega los triunfos indispensables. En verdad, la lucha no podría revestir entre ellos una forma clara, puesto que el ser mismo de la mujer es opacidad; no se alza frente al hombre como sujeto, sino como un objeto paradójicamente dotado de subjetividad; se asume a la vez como yo y como otro, lo cual es una contradicción que comporta desconcertantes consecuencias. Cuando convierte en arma a la vez su debilidad y su fuerza, no se trata de un cálculo concertado: busca espontáneamente su salvación en la vía que le ha sido impuesta, la de la pasividad, al mismo tiempo que reivindica activamente su soberanía; y, sin duda, este proceder no es de «buena lid», pero le está dictado por la ambigua situación que le han asignado. Sin embargo, el hombre, cuando la trata como una libertad, se indigna de que siga siendo un cepo para él; si la halaga y la satisface en tanto que es su presa, le irritan sus pretensiones de autonomía; haga lo que haga, se siente burlado y ella se considera perjudicada.

La disputa durará en tanto que hombres y mujeres no se reconozcan como semejantes, es decir, en tanto se perpetúe la feminidad como tal; ¿quién de ellos son los más encarnizados en mantenerla? La mujer que se libera de ella quiere, no obstante, seguir conservando sus prerrogativas; y el hombre exige que entonces asuma también sus limitaciones. «Es más fácil acusar a un sexo que excusar al otro», dice Montaigne. Distribuir censuras y parabienes resulta vano. En verdad, si el círculo vicioso resulta aquí difícil de romper, es porque ambos sexos son víctimas cada uno al propio tiempo del otro y de sí mismo; entre dos adversarios que se afrontasen en su pura libertad, podría establecerse fácilmente un acuerdo: tanto más cuanto que esa guerra no beneficia a nadie; sin embargo, la complejidad de todo este asunto proviene de que cada uno de los campos es cómplice de su enemigo; la mujer persigue un sueño de dimisión; el hombre, un sueño de enajenación; la inauténticidad no es rentable: cada cual culpa al otro de la desgracia que se ha buscado al ceder a las tentaciones de lo fácil; lo que el hombre y la mujer odian el uno en el otro es el clamoroso fracaso de su propia mala fe y de su cobardía.

Ya se ha visto por qué originariamente los hombres han esclavizado a las mujeres; la devaluación de la feminidad ha sido una etapa ne-

cesaria para la evolución humana; pero hubiera podido engendrar una colaboración de ambos性; la opresión se explica por la tendencia del existente a evadirse enajenándose en el otro, al cual opriime con ese fin; hoy día, vuelve a encontrarse en cada hombre esta tendencia singular, y la inmensa mayoría cede a ella: el marido se busca en su esposa, el amante en su querida, bajo la figura de una estatua de piedra; persigue en ella el mito de su virilidad, de su soberanía, de su inmediata realidad. «Mi marido no va nunca al cine», dice la mujer, y la incierta opinión masculina se imprime en el mármol de la eternidad. Pero él mismo es esclavo de su doble: ¡qué trabajo para edificar una imagen en la cual siempre está en peligro! A pesar de todo, se funda en la caprichosa libertad de las mujeres: hay que hacérsela propicia sin cesar; al hombre le corroea la preocupación de mostrarse varonil, importante, superior; hace comedia para que se la hagan; también se muestra inquieto, agresivo; siente hostilidad contra las mujeres porque las teme, y las teme porque le amedrenta el personaje con el cual se confunde. ¡Cuánto tiempo y cuántas energías derrocha para liquidar, sublimar y superar sus complejos, y para hablar de mujeres, seducirlas o temerlas! Se le liberaría, liberándolas. Pero eso es precisamente lo que teme. Y se obstina en las mistificaciones destinadas a mantener a la mujer encadenada.

Distribuidora **Pareta**

Ventas por mayor y menor en artículos
de mercería, lencería, lanas, telas,
accesorios para moda y fantasía



Sarmiento 2055 - Marcos Paz (Pcia. de Bs. As.)
(0220) 477-1083 / 6541
info@distribuidorapareta.com.ar
www.distribuidorapareta.com.ar

Son muchos los hombres que tienen conciencia de que la mujer es víctima de un engaño. «¡Qué desgracia ser mujer! Y, sin embargo, cuando se es mujer, la desgracia, en el fondo, consiste en no comprender que lo es», dice Kierkegaard¹. Hace mucho tiempo que se dedican metódicos esfuerzos a disfrazar esa desgracia. Se ha suprimido, por ejemplo, la tutela: se le han dado a la mujer unos «protectores» que, si han sido revestidos con los derechos de los antiguos tutores, lo han sido en interés de la propia mujer. Prohibirle trabajar, mantenerla en el hogar, es defenderla contra ella misma, es asegurar su dicha. Ya se ha visto con qué velos poéticos se disimulaban las monótonas cargas que la abruman: faenas domésticas y maternidad; a cambio de su libertad, le han hecho el presente de los falaces tesoros de su «feminidad». Balzac ha descrito muy bien esa maniobra cuando aconseja al hombre que la trate como esclava, persuadiéndola de que es una reina. Menos cínicos, muchos hombres se esfuerzan por convencerse a sí mismos de que verdaderamente es una privilegiada. Hay sociólogos norteamericanos que enseñan hoy con toda seriedad la teoría del *low-class gain*, es decir, de los «beneficios de las clases inferiores». También en Francia se ha proclamado frecuentemente -aunque de manera menos científica- que los obreros, y más aún los vagabundos que pueden vestirse de harapos y acostarse en las aceras, tenían la gran suerte de no verse obligados a «representar» placeres prohibidos al conde de Beaumont y a esos pobres señores de Wendel. Y los despreocupados piojosos que se rascan alegremente sus parásitos, y los gozosos negros que rién bajo los latigazos, y esos alegres árabes del Souss, que entierran a sus hijos muertos de hambre con la sonrisa en los labios; la mujer disfruta de un privilegio incomparable: la irresponsabilidad. Sin esfuerzos, sin cargas, sin preocupaciones, lleva manifiestamente «la mejor parte». Lo que turba un poco es que, por una obstinada perversidad -ligada sin duda al pecado original-, a través de siglos y países, las gentes que llevan la mejor parte les gritan siempre a sus bienhechores: «¡Es demasiado! ¡Yo me contentaría con la vuestra!» Pero los capitalistas magníficos, los colonos generosos, los espléndidos varones, se obstinan: «¡Conservad la mejor parte, conservadla!»

“La mujer está muy lejos de hallarse verwahrlos (abandonada), pero en otro sentido sí lo está, porque jamás puede librarse de la ilusión de que se ha servido la Naturaleza para consolarla.”

El hecho es que los hombres encuentran en su compañera más complicidad que la que habitualmente encuentra el opresor en el oprimido; y, con mala fe, consideran que ello les da autoridad para declarar que la mujer ha *querido* el destino que le han impuesto. Ya hemos visto que, en verdad, toda su educación conspira para cerrarle los caminos de la revuelta y la aventura; la sociedad entera -empezando por sus respetados padres- le miente al exaltar el excelso valor del amor, de la devoción y la abnegación, y al ocultarle que ni el amante, ni el marido, ni los hijos estarán dispuestos a soportar su embarazosa carga. Acepta ella alegremente tales mentiras, porque la invitan a seguir la pendiente de lo fácil: y ese es el peor crimen que se comete contra ella; desde su infancia y a todo lo largo de su vida, la miman y corrompen, designándole como vocación esa dimisión que tienta a todo existente angustiado

¹ *In vino veritas*. Dice también: «Vuelve la galantería -esencialmente- hacia la mujer; y el hecho de que ella la acepte sin vacilar se explica en virtud de la solicitud de la Naturaleza por el más débil, por el ser no favorecido y por aquel para quien una ilusión significa más que una compensación. Pero esta ilusión, precisamente, le es fatal... Sentirse liberada de la miseria gracias a la imaginación, ser víctima de una imaginación, ¿no es una burla aún más profunda?... La mujer está muy lejos de hallarse *verwahrlos* (abandonada), pero en otro sentido sí lo está, porque jamás puede librarse de la ilusión de que se ha servido la Naturaleza para consolarla.»

por su libertad; si se invita a un niño a la pereza, divirtiéndole todo el día, sin darle ocasión para estudiar, sin mostrarle su utilidad, cuando llegue a la edad madura no podrá decirse que ha elegido ser incapaz e ignorante: así es como se educa a la mujer, sin enseñarle nunca la necesidad de asumir por sí misma su existencia; y ella se abandona de buen grado, contando con la protección, el amor, la ayuda y la dirección de otro; se deja fascinar por la esperanza de poder realizar su ser sin hacer nada. Hace mal cediendo a la tentación; pero el hombre no tiene derecho a reprochárselo, puesto que ha sido él quien la ha tentado. Cuando entre ellos estalle un conflicto, cada uno juzgará al otro responsable de la situación; ella le reprochará el haberla creado: «Nadie me ha enseñado a razonar, a ganarme la vida...» El le reprochará haberlo aceptado: «No sabes nada, eres una inútil...» Cada sexo cree justificarse tomando la ofensiva: pero los entuertos de uno no absuelven al otro.

Los innumerables conflictos que enfrentan a hombres y mujeres derivan de que ninguno de los dos asume todas las consecuencias de esa situación que uno propone y otra sufre; esa incierta noción de la «igualdad en la desigualdad», de la cual se sirve uno para enmascarar su despotismo y

“El hecho es que los hombres encuentran en su compañera más complicidad que la que habitualmente encuentra el opresor en el oprimido; y, con mala fe, consideran que ello les da autoridad para declarar que la mujer ha querido el destino que le han impuesto.”

la otra su cobardía, no resiste a la experiencia; en sus intercambios, la mujer reclama la igualdad abstracta que le han garantizado, y el hombre, la desigualdad concreta que constata. De ahí proviene que en todas esas relaciones se perpetúe un debate indefinido sobre el equívoco de las palabras *dar* y *tomar*: ella se queja de que lo da todo, él protesta que ella le toma todo. Es preciso que la mujer comprenda que los intercambios -y esta es una ley fundamental de la economía política- se rigen por el valor que la mercancía ofrecida tenga para el comprador y no para el vendedor: la han engañado al persuadirla de que ella poseía un valor infinito; en verdad, ella es para el hombre solamente una distracción, un placer, tina compañía, un bien inesencial; en cambio, él es el sentido y la justificación de la existencia de ella; de modo que el intercambio no se efectúa entre dos objetos de la misma calidad; esta desigualdad va a señalarse singularmente en el hecho de que el tiempo que pasen juntos -y que falazmente parece el mismo- no tiene para ambos el mismo valor; durante la velada que el amante pasa con su querida, podría haber ejecutado un trabajo útil para su carrera, haber visto a unos amigos, haber cultivado unas relaciones, haberse distraído; para un hombre normalmente integrado en la sociedad, el tiempo es una riqueza positiva: dinero, reputación, placer. Por el contrario, para la mujer ociosa, que se aburre, es una carga de la cual solo aspira a desembarazarse; cuando logra matar unas horas, considera que ha obtenido un beneficio: la presencia del hombre es un puro beneficio; en numerosos casos, lo que más claramente interesa a un hombre en un enredo amoroso es el provecho sexual que saca del mismo: en un caso límite, puede contentarse con pasar en compañía de su querida el tiempo justo y necesario para realizar el acto amoroso; pero, salvo excepciones, lo que ella desea es que «transcurra» todo ese exceso de tiempo con el que no sabe qué hacer, y -como el comerciante que no vende las patatas si no le compran también los nabos- no cede su cuerpo sino cuando el amante «compra», por añadidura, unas horas de conversación y paseo. El equilibrio se establece si el coste total del lote no se le antoja al hombre demasiado elevado: eso depende, bien entendido, de la intensidad de su deseo y de la importancia que tengan a sus ojos las ocupaciones que sacrifica; pero si la mujer reclama -ofrece-

demasiado tiempo, se hace completamente importuna, como el río que se sale de su cauce, y el hombre preferirá no tener nada antes que tener demasiado. Así, pues, ella modera sus exigencias; pero muy a menudo el equilibrio se establece a costa de una doble tensión: ella estima que el hombre la ha conseguido a un precio de rebajas; él considera que ha pagado demasiado caro. Desde luego, esta exposición tiene un poco de humorística; sin embargo -salvo en los casos de pasión celosa y exclusiva en que el hombre quiere a la mujer en su totalidad-, este conflicto se advierte en la ternura, el deseo y el amor mismo; el hombre siempre tiene «algo que hacer» con su tiempo, en tanto que la mujer trata de desembarazarse de él; y el hombre no considera como un don las horas que la mujer le consagra, sino como una carga. Generalmente, consiente en soportarla porque sabe muy bien que está del lado de los favorecidos, no tiene la conciencia tranquila; y, si tiene un poco de buena voluntad, trata de compensar la desigualdad de las condiciones por medio de la generosidad; no obstante, considera un mérito su compasión y, al primer choque, trata a la mujer de ingrata, se irrita: «Soy demasiado bueno.» Ella percibe que se porta como una pedigüeña, cuando está persuadida del elevado valor de sus regalos, y se siente humillada. Eso es lo que explica la crueldad de que a menudo se muestra capaz la mujer; tiene la conciencia tranquila, porque está en el lado de los desfavorecidos; no se considera obligada a ningún miramiento con respecto a la casta privilegiada, solo piensa en defenderse; será incluso muy dichosa si tiene ocasión para manifestar su rencor al amante que no ha sabido satisfacerla: puesto que él no da bastante, ella se lo quitará todo con un placer salvaje. Entonces el hombre herido descubre el valor global de la relación, cada uno de cuyos momentos desdeñaba: está dispuesto a todas las promesas, corriendo el riesgo de considerarse nuevamente explotado cuando deba cumplirlas; acusa a su amante de hacerle chantaje, y ella le reprocha su avaricia; los dos se juzgan perjudicados. También aquí es ocioso distribuir excusas y censuras: jamás se podrá crear la justicia en el seno de la injusticia. Un administrador colonial no tiene ninguna posibilidad de llevarse bien con los indígenas, ni un general con sus soldados; la única solución consiste en no ser ni colono ni jefe; pero un hom-

bre no puede impedir ser un hombre. Hélo ahí culpable, por tanto, a su pesar, y oprimido por una falta que no ha cometido; así también la mujer es víctima y arpía, a su pesar. A veces él se rebela, opta por la残酷; pero entonces se hace cómplice de la injusticia, y la falta se vuelve realmente suya; a veces se deja aniquilar, devorar, por su víctima reivindicadora: pero entonces se siente burlado; a menudo se aviene a un compromiso que a la vez le disminuye y le deja desasosegado. Un hombre de buena voluntad se sentirá más desgarrado por la situación que la mujer misma: en cierto sentido, siempre se sale ganando si se está en el bando de los vencidos; pero si también ella tiene buena voluntad, es incapaz de bastarse a sí misma, le repugna aplastar al hombre con el peso de su destino, se debatirá en una inextricable confusión. Se encuentran profusamente en la vida cotidiana esos casos que no comportan solución satisfactoria, porque están definidos por condiciones que tampoco son satisfactorias: un hombre que se vea obligado a continuar manteniendo moral y materialmente a una mujer a quien ya no ama, se siente víctima; pero si abandonase sin recursos a la que ha com-

“A veces él se rebela, opta por la残酷; pero entonces se hace cómplice de la injusticia, y la falta se vuelve realmente suya; a veces se deja aniquilar, devorar, por su víctima reivindicadora: pero entonces se siente burlado; a menudo se aviene a un compromiso que a la vez le disminuye y le deja desasosegado.”

“Un mundo en el que hombres y mujeres fuesen iguales es fácil de imaginar, porque eso es exactamente lo que había prometido la revolución soviética: las mujeres, educadas y formadas exactamente como los hombres, trabajarían en las mismas condiciones y por los mismos salarios.”

prometido toda su existencia con él, sería ella la víctima de una manera igualmente injusta. El mal no proviene de una perversidad individual -y la mala fe comienza cuando cada uno acusa al otro-, sino de una situación contra la cual toda actitud singular es impotente. Las mujeres son pegajosas, pesadas, y sufren por ello; es porque tienen la suerte de un parásito que succiona la vida de un organismo extraño; que se les dote de un organismo autónomo, que puedan luchar contra el mundo y arrancarle su subsistencia, y será abolida su dependencia: también la del hombre. Unos y otras, sin duda alguna, lo pasarán mucho mejor.

Un mundo en el que hombres y mujeres fuesen iguales es fácil de imaginar, porque eso es exactamente lo que había *prometido* la revolución soviética: las mujeres, educadas y formadas exactamente como los hombres, trabajarían en las mismas condiciones¹ y por los mismos salarios; la libertad erótica sería admitida por las costumbres, pero el acto sexual ya no sería considerado como un «servicio» que se remunera; la mujer estaría obligada a asegurarse otro medio de vida; el matrimonio descansaría en un libre compromiso que los cónyuges podrían denunciar cuando lo desearan; la maternidad sería libre, es decir, que

se autorizaría el control de la natalidad y también el aborto, y a todas las madres y a sus hijos se les darían exactamente los mismos derechos, tanto si eran casadas como si no; las vacaciones por causa de embarazo serían costeadas por la colectividad, que asumiría el cargo de los hijos, lo cual no quiere decir que se les retiraría a sus padres, sino que no se les *abandonaría*.

Pero ¿basta con cambiar las leyes, las instituciones, las costumbres, la opinión y todo el contexto social para que hombres y mujeres se conviertan verdaderamente en semejantes? «Las mujeres siempre serán mujeres», afirman los escépticos; y otros videntes profetizan que, al despojarse de su feminidad, las mujeres no lograrán transformarse en hombres y se convertirán en monstruos. Eso es tanto como admitir que la mujer de hoy es una creación de la Naturaleza. Es preciso volver a repetir una vez más que, en la colectividad humana, nada es natural, y que, entre otras cosas, la mujer es un producto elaborado por la civilización: la intervención de otro en su destino es original; si esa acción estuviese dirigida de otro modo, desembocaría en un resultado completamente diferente. La mujer no es definida ni por sus hormonas ni por misteriosos instintos, sino por el modo en que, a través de conciencias extrañas, recupera su cuerpo y sus relaciones con el mundo; el abismo que separa al adolescente de la adolescente ha sido abierto de manera concertada desde los primeros tiempos de su infancia; más tarde no se podrá impedir que la mujer no sea lo que *ha sido hecha*, y siempre arrastrará ese pasado en pos de si; si se mide bien el peso de todo ello, se comprende claramente que su destino no está fijado en la eternidad. Desde luego, no hay que creer que basta con modificar su situación económica para que la mujer se transforme; este factor ha sido y sigue siendo el factor primordial de su evolución, pero en tanto no comporte las consecuencias morales, sociales, culturales, etc., que anuncia y que exige, no podrá aparecer la

¹El que ciertos oficios demasiado duros les estén vedados, no contradice ese proyecto: también entre los hombres se busca cada vez más el realizar una adaptación profesional; sus capacidades físicas e intelectuales limitan sus posibilidades de elección; lo que se pide, en todo caso, es que no se trace ninguna frontera de sexo o de casta.

Andorra's

RESTO

011-5199-3930

f Andorra Marcos Paz Resto

Andorra.MarcosPaz.Resto

INDEPENDENCIA 462 -- MARCOS PAZ

VISITANOS DONDE VOS PREFIERAS
TODOS LOS DIAS DESDE LAS 08.00
HASTA LAS 24.00.



Andorra's

011-5031-5938 f Andorra El bodegón del Pueblo Andorra.Elbodegon.del.Pueblo

BELGRANO Y PELLEGRINI -- MARCOS PAZ

mujer nueva; a la hora actual, no se han realizado en ninguna parte, no más en laURSS que en Francia o en Estados Unidos; y por ese motivo la mujer de hoy se ve descuartizada entre el pasado y el porvenir; lo más frecuente es que aparezca como una «verdadera mujer» disfrazada de hombre, y se siente incómoda tanto en su carne de mujer como en su hábito de hombre. Es preciso que eche piel nueva y se corte sus propios vestidos. No podría lograrlo sino merced a una evolución colectiva. Ningún educador aislado puede modelar hoy un «ser humano hembra» que sea exacto homólogo del «ser humano macho»: educada como un chico, la muchacha se considera excepcional, y en virtud de ello experimenta una nueva suerte de especificación. Stendhal lo comprendió muy bien cuando dijo: «Hay que plantar de una vez todo el bosque.» Pero si suponemos, por el contrario, una sociedad donde la igualdad de los sexos se hubiera realizado concretamente, esa igualdad se afirmaría de nuevo en cada individuo.

Si desde la más tierna edad, la niña fuese educada con las mismas exigencias y los mismos honores, las mismas severidades y las mismas licencias que sus hermanos, participando en los mismos estudios, en los mismos juegos, prometida a un mismo porvenir, rodeada de hombres y mujeres que se le presentasen sin equívocos como iguales, el sentido del «complejo de castración» y el del «complejo de Edipo» quedarían profundamente modificados. Al asumir con los mismos títulos que el padre la responsabilidad material y moral de la pareja, la madre gozaría del mismo prestigio perdurable; la niña sentiría a su alrededor un mundo andrógino y no un mundo masculino; aunque se sintiera afectivamente más atraída por el padre -lo cual ni siquiera es seguro-, su amor por él estaría matizado por una voluntad de emulación y no por un sentimiento de impotencia: no se orientaría hacia la pasividad; autorizada a demostrar su valía en el trabajo y los deportes, rivalizando activamente con los muchachos, la ausencia de pene -compensada por la promesa del hijo- no bastaría para engendrar un «complejo de inferioridad»; de manera correlativa, el muchacho no tendría espontáneamente un «complejo de superioridad» si no se le hubiera inculcado y si estimase a las mujeres tanto como a los hombres¹. La muchacha no buscaría estériles compensa-

“Ningún educador aislado puede modelar hoy un «ser humano hembra» que sea exacto homólogo del «ser humano macho»: educada como un chico, la muchacha se considera excepcional, y en virtud de ello experimenta una nueva suerte de especificación.”

saciones en el narcisismo y los sueños, no se tendría por algo descontado; se interesaría por lo que *hace*, abordaría sin reticencias todas sus empresas. Ya he dicho cuánto más fácil sería su pubertad si la superase, como el muchacho, hacia un libre porvenir de adulto; la menstruación solo le inspiran tanto horror porque constituye una caída brutal en la feminidad; también asumiría más tranquilamente su joven erotismo si no experimentase un disgusto lleno de turbación ante el conjunto de su destino; una educación sexual coherente la ayudaría mucho a remontar esa crisis. Y, gracias a la educación mixta, el agosto misterio del Hombre no tendría ocasión de nacer: sería aniquilado por la familiaridad cotidiana y la franca competencia. Las objeciones que se oponen a este sistema implican siempre el respeto por los tabúes sexuales; pero resulta vano preten-

¹Conozco a un niño de ocho años que vive con su madre, una tía, una abuela, las tres independientes y activas, y un anciano abuelo semiimpotente. El niño padece un aplastante «complejo de inferioridad» con respecto al sexo femenino, pese a que su madre se esfuerza por combatirlo. En el liceo desprecia a compañeros y profesores, porque son míseros representantes del sexo masculino.

der inhibir en el niño la curiosidad y el placer; así solo se termina por crear represiones, obsesiones, neurosis; el sentimentalismo exaltado, los fervores homosexuales y las pasiones platónicas de las adolescentes, con todo su cortejo de bobería y disipación, son mucho más nefastos que algunos juegos infantiles y algunas experiencias precisas. Lo que aprovecharía sobre todo a la joven sería que, al no buscar en el varón un semidiós -sino solamente un camarada, un amigo, un compañero-, no se apartaría de asumir por sí misma su existencia; el erotismo, el amor, adoptarían el carácter de una libre superación, y no el de una dimisión; y ella podría vivirlos como una relación de igual a igual. Bien entendido, no se trata de suprimir de un plumazo todas las dificultades que el niño tiene que superar para convertirse en adulto; la educación más inteligente y más tolerante no podría dispensarle de hacer los gastos de su propia experiencia; lo que se puede pedir es que no se acumulen gratuitamente obstáculos en su camino. El que ya no se cauterice con un hierro candente a las muchachas «viciosas» es un progreso; el psicoanálisis ha instruido en cierta medida a los padres; sin embargo, las actuales condiciones en que se realiza la formación y la iniciación sexuales de la mujer son tan deplorables, que ninguna de las objeciones que se oponen a la idea de un cambio radical es valedera. No se trata de suprimir en ella las contingencias y miserias de la condición humana, sino de ofrecerle los medios necesarios para superarlas.

La mujer no es víctima de ninguna misteriosa fatalidad; las singularidades que la especifican derivan su importancia de la significación que revisten; podrán ser superadas tan pronto como sean captadas en nuevas perspectivas; así se ha visto que, a través de su experiencia erótica, la mujer experimenta -y a menudo detesta- la dominación del varón: de ello no hay que deducir que sus ovarios la condenan a vivir eternamente de rodillas. La agresividad viril no aparece como un privilegio señorial nada más que en el seno de un sistema que conspira todo entero para afirmar la soberanía masculina; y la mujer se siente en el acto amoroso tan profundamente pasiva, porque ya se piensa como tal. Al reivindicar su dignidad de seres humanos, muchas mujeres modernas captan todavía su vida erótica a partir de una tradición de esclavitud: así les parece humillante

permanecer acostadas debajo del hombre y ser penetradas por él, y ello las crispa en la frigidez; pero, si la realidad fuese diferente, el sentido que expresan simbólicamente gestos y posturas amorosos lo sería también: una mujer que paga, que domina a su amante, puede sentirse orgullosa, por ejemplo, de su soberbia ociosidad y considerar que esclaviza al varón que se agota activamente; y ya existen multitud de parejas sexualmente equilibradas y entre las cuales las nociones de victoria y derrota han cedido el paso a una idea de intercambio. En verdad, el hombre, como la mujer, es carne y, por tanto, pasividad, juguete de sus hormonas y de la especie, inquieta presa de su deseo; y ella, como él, en el seno de la fiebre carnal, es consentimiento, Con voluntario, actividad; cada uno de ellos vive a su manera el extraño equívoco de la existencia hecha cuerpo. En esos combates en los cuales creen enfrentarse el uno contra el otro, cada cual lucha contra sí mismo, proyectando en su compañero esa parte de sí mismo que cada cual repudia; en lugar de vivir la ambigüedad de su condición, cada uno de ellos se esfuerza por hacer soportar al otro su abyección, reservándose para si el honor. Si, no obstante, ambos la asumiesen con lúcida modestia, correlativa de un auténtico orgullo, se reconocerían como semejantes y vivirían amistosamente el drama erótico. El hecho de ser un ser humano es infinitamente más importante que todas las singularidades que distinguen a los seres humanos; nunca es el dato lo que confiere superioridad: la «virtud», como la llamaban los antiguos, se define al nivel de «lo que depende de nosotros». En los dos sexos se desarrolla el mismo drama de la carne y el espíritu, de la finitud y la trascendencia; a ambos los rie el tiempo, los acecha la muerte; ambos tienen la misma necesidad esencial uno del otro; y pueden extraer de su libertad la misma gloria: si supiesen saborearla, no sentirían la tentación de disputarse falaces privilegios; y entonces podría nacer la fraternidad entre ellos.

“La mujer no es víctima de ninguna misteriosa fatalidad.”

Se me dirá que todas estas consideraciones son puramente utópicas, puesto que para «rehacer a la mujer» sería preciso que la sociedad ya la hubiera hecho *realmente* la igual del hombre; los conservadores, en todas las circunstancias análogas, no han dejado nunca de denunciar este círculo vicioso: sin embargo, la Historia no gira en redondo. Sin duda, si se mantiene una casta en estado de inferioridad, seguirá siendo inferior: pero la libertad puede romper ese círculo; que se deje votar a los negros, y se convertirán en personas dignas del voto; que se den responsabilidades a la mujer, y sabrá asumirlas; la cuestión estriba en que sería ocioso esperar de los opresores un movimiento gratuito de generosidad; sin embargo, unas veces la rebelión de los oprimidos y otras la evolución misma de la casta privilegiada crean situaciones nuevas; de ese modo, los hombres se han visto obligados, en su propio interés, a emancipar parcialmente a las mujeres: estas solo tienen que proseguir su ascensión, alentadas por los éxitos que obtienen; parece casi seguro que dentro de un período de tiempo más o menos largo accederán a la perfecta igualdad económica y social, lo que llevará consigo una metamorfosis interior.

En todo caso, objetarán algunos, si un mundo tal es posible, no es deseable. Cuando la mujer sea «lo mismo» que el hombre, la vida perderá «toda su sal». Este argumento tampoco es nuevo: los que tienen interés en perpetuar el presente, siempre vierten lágrimas sobre el mirífico pasado que va a desaparecer, sin otorgar una sonrisa al joven porvenir.

Es cierto que al suprimir los mercados de esclavos se han aniquilado las grandes plantaciones tan magníficamente adornadas de azaleas y camelias, se ha arruinado toda la delicada civilización sudista; los viejos encajes se han reunido en los desvanes del tiempo con los timbres tan puros de los castrados de la Capilla Sixtina, y hay un cierto «encanto femenino» que amenaza con caer igualmente convertido en polvo. Convengo en que es un bárbaro aquel que no aprecia las flores raras, las puntillas, el cristal de una voz de eunuco, el encanto femenino. Cuando se muestra en todo su esplendor, la «mujer encantadora» es un objeto mucho más excitante que las «pinturas idiotas, dinteles, decoraciones, ropas de saltimbanquis, enseñas, iluminaciones populares» que enloque-

“Sin duda, si se mantiene una casta en estado de inferioridad, seguirá siendo inferior: pero la libertad puede romper ese círculo; que se deje votar a los negros, y se convertirán en personas dignas del voto; que se den responsabilidades a la mujer, y sabrá asumirlas.”

cían a Rimbaud; adornada con los más modernos artificios, trabajada según las técnicas más recientes, llega desde el fondo de los tiempos, de Tebas, de Minos, de Chichen Itza; y es también el tótem plantado en el corazón de la selva africana; es un helicóptero y es un pájaro; y la mayor maravilla es que, bajo sus cabellos teñidos, el rumor del follaje se hace pensamiento y de sus senos se escapan palabras. Los hombres tienden sus manos ávidas hacia el prodigo; pero, tan pronto como lo cogen, se desvanece; la esposa, la querida, hablan como todo el mundo, con la boca: sus palabras valen justamente lo que valen; sus senos, también. Milagro tan fugaz -y tan raro- ¿merece que se perpetúe una situación nefasta para ambos sexos? Se puede apreciar la belleza de las flores, el encanto de las mujeres, y apreciarlos en su justo valor; si esos tesoros hay que pagarlos con sangre o con la desdicha, preciso será saber sacrificarlos.

El hecho es que este sacrificio se les antoja a los hombres singularmente pesado; hay pocos que deseen de corazón que la mujer termine de realizarse; quienes la desprecian no ven qué ganancia podrían obtener de ello, y quienes la quieren bien, ven demasiado claro lo que pueden perder; y es verdad que la evolución actual no amenaza solamente el encanto femenino: al po-

ponerse a existir por sí misma, la mujer abdicará la función de doble y de mediatrix que le vale en el universo masculino su lugar privilegiado; para el hombre aprisionado entre el silencio de la Naturaleza y la exigente presencia de otras libertades, un ser que sea a la vez su semejante y una cosa pasiva se presenta como un gran tesoro; la figura bajo la cual percibe a su compañera bien pudiera ser mítica, pero las experiencias de que ella es fuente o pretexto no por ello son menos reales: y no las hay apenas más preciosas, más íntimas y más ardientes; no es cosa de negar que la dependencia, la inferioridad y el infortunio femeninos les da su carácter singular; seguramente la autonomía de la mujer, aunque ahorre a los varones multitud de molestias, los privará también de muchas facilidades; con toda seguridad, ciertas maneras de vivir la aventura sexual se perderán en el mundo de mañana: pero eso no significa que serán desterrados del mismo el amor, la dicha, la poesía. Guardémonos de que nuestra falta de imaginación despuéle el porvenir; este no es para nosotros más que una abstracción; cada uno de nosotros deplora sordamente la ausencia de lo que fue; pero la Humanidad del mañana lo vivirá en su carne y en su libertad; ese será su presente y, a su vez, ella lo preferirá; entre los sexos nacerán nuevas relaciones carnales y afectivas, respecto a las cuales no tenemos la menor idea: ya han aparecido entre hombres y mujeres amistades, rivalidades, complicidades, camaraderías castas o sexuales, que los pasados siglos no habrían podido inventar. Entre otras cosas, nada me parece más discutible que el *slogan* que condena al mundo nuevo a la uniformidad y, por tanto, al tedio. No veo que el tedio esté ausente de este nuestro mundo, ni que la libertad haya creado nunca uniformidad. En primer lugar, siempre habrá entre el hombre y la mujer ciertas diferencias; al tener una figura singular, su erotismo, y por tanto su mundo sexual, no podrían dejar de engendrar en la mujer una sensualidad y una sensibilidad singulares: sus relaciones con su propio cuerpo, con el cuerpo masculino, con el hijo, no serán jamás idénticas a las que el hombre sostiene con su propio cuerpo, con el cuerpo femenino y con el hijo; los que tanto hablan de «igualdad en la diferencia» darían muestras de mala voluntad si no me concediesen que pueden existir diferencias en la igualdad. Por

otra parte, son las instituciones las que crean la monotonía: jóvenes y bonitas, las esclavas del serrallo son siempre las mismas entre los brazos del sultán; el cristianismo ha dado al erotismo su sabor a pecado y leyenda al dotar de un alma a la hembra del hombre; aunque se le restituyera su soberana singularidad, no se quitaría su sabor patético a los abrazos amorosos. Es absurdo pretender que la orgía, el vicio, el éxtasis y la pasión serían imposibles si el hombre y la mujer fuesen concretamente semejantes; las contradicciones que oponen la carne al espíritu, el instante al tiempo, el vértigo de la inmanencia al llamamiento de la trascendencia, lo absoluto del placer

“El cristianismo ha dado al erotismo su sabor a pecado y leyenda al dotar de un alma a la hembra del hombre; aunque se le restituyera su soberana singularidad, no se quitaría su sabor patético a los abrazos amorosos. Es absurdo pretender que la orgía, el vicio, el éxtasis y la pasión serían imposibles si el hombre y la mujer fuesen concretamente semejantes.”

a la nada del olvido, jamás desaparecerán; en la sexualidad se materializarán siempre la tensión, el desgarramiento, el gozo, el fracaso y el triunfo de la existencia. Liberar a la mujer es negarse a encerrarla en las relaciones que sostiene con el hombre, pero no negarlas; aunque se plantee para sí, no por ello dejará de seguir existiendo *también* para él: reconociéndose mutuamente como sujeto, cada uno seguirá siendo, no obstante, para el otro, un *otro*; la reciprocidad de sus relaciones no suprimirá los milagros que engendra la división de los seres humanos en dos categorías separadas: el deseo, la posesión, el amor, la aventura; y las palabras que nos commueven: dar, conquistar, unirse, conservarán su sentido; por el contrario, cuando sea abolida la esclavitud de una mitad de la Humanidad y todo el sistema de hipocresía que implica, la «sección» de la Humanidad revelará su auténtica significación y la pareja humana hallará su verdadera figura.

«La relación inmediata, natural y necesaria del hombre con el hombre es la *relación del hombre con la mujer*», ha dicho Marx¹. «Del carácter de esa relación se deduce hasta qué punto el hombre

se ha comprendido a sí mismo como ser genérico, como hombre; la relación del hombre con la mujer es la relación más natural entre el ser humano y el ser humano. Ahí se demuestra, por tanto, hasta qué punto el comportamiento *natural* del hombre se ha hecho *humano* o hasta qué punto el ser *humano* se ha convertido en su ser natural, hasta qué punto su *naturaleza humana* se ha convertido en su *naturaleza*.

Imposible sería expresarlo mejor. Al hombre corresponde hacer triunfar el reino de la libertad en el seno del mundo establecido; para alcanzar esa suprema victoria es necesario, entre otras cosas, que, por encima de sus diferencias naturales, hombres y mujeres afirmen sin equívocos su fraternidad.

¹Oeuvres philosophiques, tomo VI. El destacado es de Marx.



ATENCIÓN, ¡CONVOCATORIA!

Gracias a nuestros anunciantes, suscriptores, y al valor que le han dado los lectores, esta revista puede ver la luz cada mes; pero no menos importante son nuestros escritores, los que hacen posible que nuevos mundos vean la posibilidad de existir más allá de la imaginación de cada uno. Por eso, queremos invitar a todos aquellos que se animen a publicar, de manera gratuita, en esta hermosa revista. No hay un requisito de edad ni experiencia, solo ganas. Si todavía no te convenciste, podés participar a través del seudónimo que elijas. Mandanos un cuento, poesía u otra prosa breve de no más de 900 palabras. Si te animás podés escribirnos para más información a la casilla de correo al final de este anuncio y verte en las siguientes publicaciones a través de tus propias palabras. El archivo a publicar deberá ser enviado en Word (o cualquier otro procesador de texto), y previamente editado, ilisto a ser publicado! ¿Te animás?

NOTA: Por cuestiones de espacio, los textos que no sean seleccionados para la revista, automáticamente serán publicados en nuestra web: www.edicionesrocamadour.com.ar.

Mail: Alejandrotorres_lp@hotmail.com

LA MUJER QUE ROMPIÓ ESQUEMAS

Por Alejandro Torres



La historia ha sido tan solo, hasta ahora, un subproducto de la historia. Esto quiere decir que los acontecimientos que construyeron el relato fueron consecuencia del relato mismo. En ese relato la evolución ha sido fundamental para el devenir de la historia misma. Podemos destacar el desarrollo tecnológico del siglo XX debido a la guerra fría, y en gran consecuencia a los escritores de ciencia ficción (satélites, robótica, etc), y el desarrollo de las ideas fundadas por filósofos como Schopenhauer, Nietzsche, Hegel o Kant. En este desarrollo de las ideas destaca el existencialismo francés ateo fundado por Jean-Paul Sartre, y al que Albert Camus y Simone de Beauvoir han aportado de manera importante. El existencialismo ha sido el fundamento de grandes pensadores, y el motor de grandes acontecimientos del movimiento de masas de la izquierda francesa.

Desde la primera ola feminista, una vez extinguido el movimiento sufragista, la mujer volvió a desarrollar el papel del hogar y la reclusión de las esferas de dominio masculino en la sociedad. Pero en 1949, y tras largas peleas, apareció bajo el sello de la famosa editorial francesa, Gallimard (la misma que publicaba a Sartre), *El segundo sexo* (*Le deuxième sexe*). Libro convertido en la biblia del feminismo de la segunda mitad del siglo XX (pero cuestionado en nuestros días). Esta obra utiliza conceptos existencialistas para observar y determinar la situación de la mujer en la sociedad de su época. Bajo conceptos sociológicos, psicológicos, antropológicos, biológicos, hasta metafísicos resume, recrea, cuestiona y replantea el ser mujer, buscando reconquistar su propia identidad desde sus propios criterios partiendo desde la crítica de que la mujer es un producto de la sociedad. Desarrollando así, la ruptura y deconstrucción (termino acuñado por Jacques Derrida) de la mujer en busca de su libertad del dominio de una

sociedad androcentrista.

CONOCIENDO A SIMONE

Desde su nacimiento, el 9 de enero de 1908, gracias a sus habilidades intelectuales y marcada por el hecho de haber nacido mujer, Simone, fue una mujer que cuestionó el mundo que la rodeaba y hasta su propio estilo de vida (sus padres eran burgueses de moral cristiana muy estricta). Estudió filosofía en la Soborna, donde conoció al joven intelectual y apasionado Jean-Paul Sartre, con quién pasaría cincuenta años de compañía y de sentimientos bajo una profunda admiración propia.

En 1945, junto a otros intelectuales de la izquierda francesa, fundaría la revista *Les Temps Modernes*. Revista de contenido político, literario y filosófico de periodicidad mensual (luego sería cuatrimestral), por la cual pasaron escritores como Samuel Beckett, Pierre Goldman y Raymond, entre muchos otros. Tras su independencia económica debido a la publicación de ensayos y novelas dedicó su vida a ser escritora y a conservar los valores de lo que Sartre llamó el *intelectual comprometido*.

En 1949 publicó *El segundo sexo*. A la primera semana de su publicación se vendieron más de veintidós mil ejemplares, lo que causó escándalo y controversia entre el público y las instituciones conservadoras como la Santa Sede o François Mauriac (uno de los más grandes escritores católicos del siglo XX y ganador del premio Nobel de literatura en 1952), quien publicó un editorial en *Les Temps Modernes* donde polemizó con la frase: "Ahora lo sé todo sobre la vagina de nuestra jefa".

En 1954 publicó *Los mandarines* (ganadora del Premio Goncourt), novela de corte existencial

que narra la vida de Enrique Perron y Ana Dubreuilh en la época de la posguerra en Francia, tocando el feminismo y haciendo referencia a un marco intelectual muy atravesado por la política de la época. Es considerada una de sus obras más importantes.

En 1958 publica *Una muerte muy dulce*, donde relata la muerte de su madre. Con el gran talento que poseía para relatar la vida diaria, esta obra está atravesada por el luto y la emoción de los últimos días de François Brasseur.

En 1967 publica *La mujer rota*, otra de sus obras más importantes. En este libro relata y resume con tres historias las frustraciones que sufrían las mujeres de la época de ver sus sueños truncados debido a la condición de ser mujer en una sociedad androcentrista. El amor, la desilusión y el relato vivo se ven bien presentes en esta obra.

En 1980 muere su compañero de vida, Jean-Paul Sartre, y lo retrata en *La ceremonia del adiós* (1981), donde relata los últimos diez años de vida del filósofo francés. En esta obra de gran recibimiento se ven detalles muy íntimos de la vida de Sartre, los cuales fueron mal recibidos en un principio. El libro finaliza con una sentencia clave de lo que ella sentía por él: “*Su muerte nos separa. Mi muerte no nos unirá. Así es: ya fue hermoso que nuestras vidas hayan podido estar de acuerdo durante tanto tiempo*”.

AMOR REVOLUCIONARIO

A partir de 1929, Simone de Beauvoir y Jean-Paul Sartre mantuvieron durante cincuenta años un pacto de polifidelidad, el cual renovaban cada dos años. Nunca se casaron ni vivieron bajo el mismo techo, ya que para ellos esa manera de vivir no era más que parte del estilo de vida burgués. El motivo de este acuerdo se debió a que Sartre no tenía vocación para la monogamia, por lo que descartaron esa opción aceptándose como eran. El filósofo francés hablaba de “amor necesario” y “amores contingentes” definiendo al primero como el amor intelectual de su compañera y al segundo como la manera de saciar una necesidad biológica; esto hizo que él tuviera diversos “amores contingentes” y ella no tantos, pero fue la libertad lo que los mantuvo unidos bajo el mismo concepto y pese a lo aberrante que puede parecer

para los monógamos, ellos mantenían una admiración mutua compartiendo su pasión por las ideas.

Durante diecisiete años mantuvo una relación con el escritor norteamericano Nelson Algren, a quien conoció en Chicago durante un viaje en 1947, donde dio algunas conferencias. Paralelamente mantuvo una relación con el cineasta Claude Lanzmann desde 1952 hasta 1959, quien era diecisiete años menor a ella y quien dirigió *Les Temps Modernes* desde la muerte de Simone hasta su propio deceso en 2018.



Mientras pasaban períodos separados mantenían una correspondencia que evidenciaba su manera de ver al otro:

1929

Mi querida chiquilla:

Por mucho tiempo he querido escribirte por la tarde luego de esas salidas con amigos que pronto estaré describiendo en “A Defeat”, del tipo donde el mundo es nuestro. Quise traerte mis alegrías de conquistador y postrarlas a tus pies, como hacían en la Era del Rey Sol. Y luego, agotado por el griterío, siempre me iba simplemente a la cama. Hoy lo hago para sentir el placer que tú aún no conoces, de virar abruptamente de amistad a amor, de fuerza hacia ternura. Esta noche te amo en una manera que aún no conoces en mí: no me encuentro ni agotado por los viajes ni envuelto por el deseo de tu presencia. Estoy dominando mi amor por ti y llevándolo hacia mi interior como elemento constitutivo de mí mismo. Esto ocurre mucho más a menudo de lo que lo

admito frente a ti, pero rara vez cuando te escribo. Trata de entenderme: te amo mientras prestas atención a cosas externas. En Toulouse, simplemente te amaba. Esta noche te amo en una tarde de primavera. Te amo con la ventana abierta. Eres mía, y las cosas son mías, y mi amor altera las cosas a mi alrededor, y las cosas alrededor alteran mi amor.

1938

Querido pequeño ser:

Quiero contarle algo extremadamente placentero e inesperado que me pasó: hace tres días me acosté con el pequeño Bost. Naturalmente fui yo quien lo propuso, el deseo era de ambos y durante el día mantenímos serias conversaciones mientras que las noches se hacían intolerablemente pesadas [...] Estamos pasando unos días idílicos y unas noches apasionadas. Me parece una cosa preciosa e intensa, pero es leve y tiene un lugar muy determinado en mi vida: la feliz consecuencia de una relación que siempre me había sido grata. Hasta la vista querido pequeño ser; el sábado estaré en el andén y si no estoy en el andén estaré en la cantina. Tengo ganas de pasar

unas interminables semanas solas contigo. Te beso tiernamente, tu Castor.

LA CEREMONIA DEL ADIÓS

Los últimos años de su vida los pasó en compañía de sus seres queridos: tanto Claude Lanzmann, con quien mantuvo una relación de años pese a la diferencia de edad, como su hija adoptiva, Sylvie Le Bon-de Beauvoir, a quien le dejó sus derechos sobre las obras publicadas. Falleció el 14 de abril de 1986, de neumonía, a las 16hs, ocho horas antes de que se cumpliera el sexto aniversario de la muerte de Sartre, y fue enterrada en el cementerio de Montparnasse (el mismo donde yace Julio Cortázar) al lado de la tumba de Jean-Paul Sartre.

El nombre de Simone de Beauvoir es hoy en día sinónimo de movimiento militante por el feminismo y por la emancipación del patriarcado, marcando también una tendencia en la literatura feminista siendo uno de los grandes cimientos para su desarrollo en el mundo.



LO DISTINTO

Por Mauro de Giuseppe

En nuestra casa no hay muchas cosas que llamen la atención. Cualquiera que la visite verá lo mismo que en todas las casas del pequeño barrio Colón, mi humilde barrio de construcciones provisorias en el pueblo de Constancia. Ustedes verán en mi larga cuadra los mismos problemas de goteras, los mismos problemas económicos cuando no hay cosecha. Notarán que tenemos los mismos platos de vidrio con detalles de flores que ofrecen en oferta en ese único bazar del pueblo. Tenemos las mismas camas de pino con alguna que otra calcomanía o figurita autoadhesiva. Nuestros perros de razas mezcladas como cuando unimos esos pedacitos que van quedando de los jabones usados para crear uno nuevo multicolor.

En cambio, en nuestra casa y a diferencia de todo el barrio tenemos un reloj de péndulo, único, que mi padre heredó de sus padres. Mi abuelo lo trajo casi como única pertenencia cuando llegó de Europa hace un poco más de cincuenta años. Pese a que mis abuelos eran de las costas de Galicia, el reloj mostraba en varias partes de su cuerpo inscripciones en alemán que yo leía y releía en esas tardes de tedio donde mis padres dormían la siesta. El reloj medía un poco más que un niño, era de madera oscura. Los números eran romanos y recién cuando tuve diez años pude llegar a entender la hora precisa.

En fin, lo llamativo de este reloj era que nunca andaba su péndulo salvo en la tragedia. Los días o las noches en que algo malo iba a ocurrir, el péndulo comenzaba su pulso escalofriante. Mi madre lo consideraba diabólico y más de una vez en unos arranques de furia intentó deshacerse de él y lo hubiese logrado si no fuera por la defensa admirable de mi padre. Como quien defiende el sacrificio a un perro enfermo de rabia, mi madre avanzaba decidida a destruir el reloj y mi padre se

abrazaba a él de espaldas forcejeando a veces entre insultos y arañazos. Nosotros contemplábamos estas escenas en silencio, con un emotivo apoyo en favor de mi padre. Al fin de cuentas era lo único que heredó por ser el hermano mayor de su numerosa y miserable familia. A los gritos y con la voz quebrada, mi padre le otorgaba en cambio propiedades divinas al reloj, veía que llegaba a nuestra familia a través de los siglos con el don de profetizarnos los malos augurios, que no es poca cosa.

Mi padre se mentía y nos enseñó a todos a mentirnos. Aquel reloj a simple vista se sabía de un origen enfermo y maligno. A todas nuestras visitas desprevenidas se lo mostrábamos como una especie de oráculo divino y así lo creían algunos despistados con esas estampitas de vírgenes y santos que le íbamos colocando en algunas de las líneas de la madera.

Recuerdo algunas tragedias que nos señaló a una temprana hora: cuando el bebé de la vecina lindera se cayó al pozo ciego en un descuido de sus padres y murió ahogado; cuando envenenaron a nuestro querido perro Panchito. También, la vez que ese péndulo se puso a andar como loco en el invierno de 1992, donde toda una familia cerca de casa murió intoxicada por un brasero. Pero lo más recordado por todos: cuando murió la abuela de una ataque al corazón mientras iba camino a nuestra escuela para retirarnos. Ese último designio lo recuerdo muy temprano, antes de que saliera el sol mientras nos preparábamos para ir a la escuela. Comenzó de la nada ese péndulo a recomenzar su camino cíclico. Todos nos miramos cómplices de un saber. Solo mi hermana más chica alzó su voz para señalar que una tragedia irreparablemente vendría ese día, pero mi madre la silenció rápida y severa como si con ese gesto impulsivo pudiera evitar algo. Como si aquel designio pudiese perder validez con el so-

lo hecho de ignorarlo.

Entre la formación escolar para entrar al aula presentía invisible a un personificado espanto acercándose desde algún lugar del universo, entre los asientos bulliciosos de la clase sabía a la desdicha cabalgando feroz hacia nuestro hogar. Lo maldito de aquel reloj era eso... no era el hecho de que solo indicara tragedias, lo maldito y sinistro del reloj no era darnos la voz de lo terrible sino que no nos señalaba dirección alguna, no sabíamos qué era ni dónde ocurriría la tribulación y con el correr del tiempo y su palpitante péndulo avanzábamos conscientes a la desventura, sin poder evitarla.

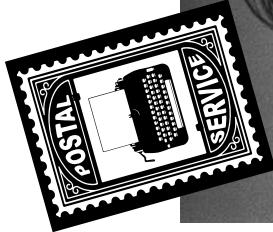
Los más ricos del pueblo de Constancia suelen deshacerse de sus muebles para renovarlos según alguna

tendencia decorativa o simple absurdo derroche. Los pobres, en cambio, solemos heredar la mayoría de nuestros muebles y también nuestras mejores ropas. Así es que somos bastante parecidos en nuestro humilde barrio Colón. Parecidos unos de otros tanto en las alegrías como en las tragedias. Pero en mi casa había algo que nadie tenía, ni las más ricas estancias ni las más suntuosas casas de dos pisos en el centro del pueblo, y aunque aquel reloj nos consumía malditos era algo único que nos diferenciaba del resto. Jamás, jamás pese a los arranques repentinos de mi madre nos permitiríamos abandonarlo sobre la vereda. Nunca, aunque desde temprano llegue al fin la hora en que ese péndulo sonriente nos señale el día de nuestra muerte.

“Comenzó de la nada ese péndulo a recomenzar su camino cíclico. Todos nos miramos cómplices de un saber. Solo mi hermana más chica alzó su voz para señalar que una tragedia irreparablemente vendría ese día.”



POSTALES



Philip Kindred Dick fue un escritor estadounidense de ciencia ficción. Escribió alrededor de 40 novelas y más de 100 cuentos, publicados en diversas revistas de la época y compilados en cinco tomos lanzados por Minotaur. Más de una decena de sus escritos fueron llevados al cine y la televisión, destacando entre ellas *Blade Runner* (¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?), *Impostor* (Impostor), *Total Recall* (Podemos recordarlo por usted al por mayor), *Confessions d'un Barrio* (Confesiones de un artista de mierda), *Screamers* (La segunda variedad), *Minority Report* (El informe de la minoría), *Paycheck* (La paga), *A scanner Darkly* (Una mirada a la oscuridad), *Next* (El hombre dorado), *The adjustment bureau* (Equipo de ajuste), *Radio Free Albemuth* (Radio Free Albemuth), *The man in the high castle* (El hombre en el castillo, ganadora del premio Hugo de 1963) y *Philip K. Dick's Electric Dreams* (serie basada en varios cuentos). Su prolífica pluma fue reconocida póstumamente ya que para su época no era un escritor muy reconocido. Sus obras se adelantaron a la tecnología influyendo a muchos jóvenes, escritores y cineastas hasta el día de hoy. Falleció tres meses antes del estreno de *Blade Runner*, película que marcó a la cultura ciber-punk de la época.

Philip K. Dick

EL MUERTO QUE LLORA

Por Gabriela Brandán

Todo lo que aconteció hace apenas un día reviste el instante de inesperado. Tan improvisto de manera tal que se está vivo y al segundo muerto. Estoy acostado, tiesen y rígido. Siento un frío terrible, pero esta vez es distinto. Lo siento dentro, en mis venas, en mis órganos. Mis ojos no fueron cerrados por completo, puedo distinguir bastante bien lo que pasa cerca. La siento a mamá al lado. Siempre la sentí cerca pero antes me molestaba, ella estaba ahí vigilando todo. Sin embargo, ahora mamá solo me acompaña. No se mueve de mi lado, cada tanto toca mi frente y puedo ver cómo mueve su cabeza de un lado al otro y llora. Llora tanto. Se puso un pañuelo negro. Solo lo usa cuando está triste.

El lugar se empezó a llenar de gente y flores. Cuando era más niño mi mamá hervía eucalipto

para purificar el lugar y que pudiéramos respirar bien. Ahora este olor lo siento insopportable. Lo tengo impregnado en este último vestido que me regaló la vida.

Vinieron tantos a darme el último saludo y ahí está ella. Vino junto a unas compañeras donde cursamos juntos la primaria. Se la ve triste. Siento tanta vergüenza, ojalá no se acerque, ojalá mamá adivine como lo hacía siempre, que ella me gusta y que no quiero que me vea así, muerto. Siento que el encuentro es inevitable. Mamá que no se movió de mi lado en todo el día sin embargo se levanta y se aleja, y ella, ella que cuyo encuentro desvelaba mi sueños se acerca cada vez más. Si pudiera cerrar los ojos por completo. Pero no puedo. No puedo. Quiero llorar, no quiero que me vea. Y ahí está, la veo... espantada viendo una lágrima brotar de un muerto.

Por Cesleste Silvero

DESFASE

Siempre fui como agua calma porque las corrientes fuertes pueden llegar a arrasar con todo, perder el control, afectar el equilibrio.

Podía sentir que en mis ojos no había cielo sino sombras. Se había desatado una tempestad interna de la que estaba intentando escapar con frases hechas que solo retumbaban en mi cabeza haciendo eco de su quebrada voz.

Era la primera vez que todos mis demonios hablaban, tan al unísono que casi no podía oírlos. Comprender siempre fue mi fuerte, sin embargo

todas las cosas buenas en mí acababan de ser ahogadas con fuerza en lo profundo de sus excusas, ante mi tan reales como unos ojos bestiales brotando debajo de la cama.

Comencé a notar que convencerme absurdamente hacia desbordar de mi pecho de forma incesante todos los miedos. Por instinto, los resguardé entre mis manos y cuando notaron que no sabía qué hacer decidieron escapar para esparcirse por todo el cuerpo, albergándose los peores en mi memoria, convenientemente al lado de la ira, combinando sus sintonías a la vez que desin-

A un año de Rocamadour

¿TENÉS TODAS? ¡Conseguilas Ya!

WWW.EDICIONESROCAMADOUR.COM.AR

Revista
Rocamadour

Historias originales

ISSN 2618-5342

Año I | Número 1
Marzo 2019
Distribución gratuita



Revista
Rocamadour

Historias originales

ISSN 2618-5342

Año I | Número 2
Abril 2019
Distribución gratuita



Revista
Rocamadour

Historias originales

ISSN 2618-5342

Año I | Número 3
Mayo 2019
Distribución gratuita

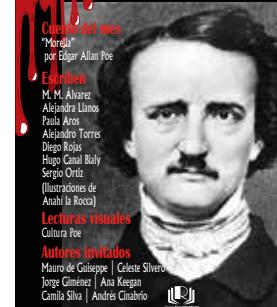


Revista
Rocamadour

Historias Originales

ISSN 2618-5342

Año I | Número 4
Junio 2019
Distribución gratuita



Revista
Rocamadour

Historias originales

ISSN 2618-5172

Año I | Número 5
Julio 2019
\$65

Revista
Rocamadour

Historias originales

ISSN 2618-5171

Año I | Número 6
Agosto 2019
\$65



Revista
Rocamadour

Historias originales

ISSN 2618-5170

Año I | Número 7
Septiembre 2019
\$65



Revista
Rocamadour

Historias originales

ISSN 2618-5172

Año I | Número 8
Octubre 2019
\$65



Revista
Rocamadour

Historias originales

ISSN 2618-5172

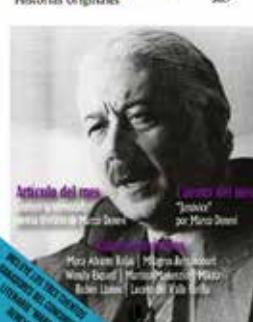
Año I | Número 9
Noviembre 2019
\$65

Revista
Rocamadour

Historias originales

ISSN 2618-5171

Año I | Número 10
Diciembre 2019
\$65



Revista
Rocamadour

Historias originales

ISSN 2618-5172

Año I | Número 11
Enero 2020
\$60



?

“Comencé a notar que convencerme absurdamente hacia desbordar de mi pecho de forma incesante todos los miedos. Por instinto, los resguardé entre mis manos y cuando notaron que no sabía qué hacer decidieron esca-par para esparcirse por todo el cuerpo.”

cronizaban mis buenos sentimientos.

En el transcurso de su discurso desesperado sentí cómo mi corazón optó por fragmentarse, como si al separarse en partes evitara un riesgo mayor, hacerse hueco y llenarse de un polvo que despediría en cada agotador suspiro.

Ahí estaba, el tiempo congelado me atrapaba en una necesidad constante de sueño, y una lluvia de palabras, de sus pedazos expuestos no me dejaban dormir. Al menos no era una tormenta de llanto, esta vez el agua no iba a limpiar lo inevitable.

Por un minuto, la debilidad me jugó una mala pasada y me puso a reposar en su hombro izquierdo. Susurraba amor a mis oídos, cargaba un peso importante en mis espaldas al recurrir a los recuerdos pero la metamorfosis había concluido, forzó a mi espina a erguirse y dejar que se perdiera en la, ahora, obscuridad de mi mirada.

Era la primera vez que todos mis demonios hablaban, y al pactar callarse solo uno supo decirme bien que hacer.

Y ASÍ

Por Estefanía Brandán

Hartos los hombres del mundo
Me piden que los rescate.
Mi frente está en su resplandor
Y solamente espero que vuelvas.

Algunas fresias sienten alrededor de mi pecho.
Hasta aquí se percibe tu aroma,
Gracias al viento.

Hace tiempo nació una niña
Y este otoño me sonrió.
Vos me lo pedís y yo dejo la tristeza.

Y la ciudad opaca su excusa de este reencuentro.

Todo camina, todo transcurre.
Yo, mientras tanto, nada más puedo esperar.
Mirá vos que nunca creí en el destino
Y durante tu recorrido,
Las horas se clavan en mí como agujas.

A la madrugada, a oscuras,
Me despierto buscándote...
O imaginándote,
Quizás te invento a mi lado
Para poder soportar la tormenta.

Mientras viajás,
Una mujer inquieta escribe
Para sentir más cerca el futuro
Que sueña para ambos.

Promesas y feudos de un tiempo mejor.

Te espera una febril espera,
Yo no sé qué llenar con mis días.
Pasan lentos por motivos absurdos
Cuando tu regreso es la razón que me hace caminar.

Toda la casa, los libros, el cielo,
Todo se pone de acuerdo y me habla de vos
Y así escribo, y me duermo, y salgo y me digo
Todo va a estar mejor.

CAMPO DE AZUCENAS

Por M. M. Álvarez

Ilustrado por Fede Avila Corsini



La cantidad de comentarios acerca del paradero del Santo Grial terminó por abarcar muchas más localizaciones de las que el caballero se esperaba. En la última aldea que había visitado (la que representó un milagro del camino, ya que los caballos no eran los únicos necesitados de comida y agua) una anciana, a la cual la simple acción de usar los dientes ya la había abandonado hace tiempo, tuvo el agrado y la paciencia de responder cada una de las preguntas del arduo cuestionario. Rodeada de sus nietos, cuatro en total, todos vestidos con harapos, saltando de aquí para allá, la vieja pudo al fin sentarse en un banco de madera posicionado frente a su casa y dar rienda suelta a su lengua.

El caballero, que partió de la fortaleza de Camelot, con la mirada intacta y decidida en su objetivo, se vio complacido cuando en mitad del trayecto el joven Galahad se entrometió en su paso y le rogó poder acompañarlo. Su padre, Sir Lancelot, yacía moribundo en una gélida habitación del castillo. Una de las torres principales había sido puesta a disposición del gran hombre mientras se recuperaba de su extraña enfermedad. Llevaba exactamente veinticuatro días en ese lamentable estado, que le mantenía los latidos a una velocidad tan reducida que cualquiera podría confundirlo con un muerto.

Galahad se dirigió mediante un discurso preparado que rayaba la obviedad. El subtexto, que más allá de todo despilfarro poético, sucumbía ante una sola finalidad: la adulación. Dando por sentado que aún en su afán de sonar como un caballero de la mesa redonda, todavía no abandonaba la adolescencia y actuar impulsivamente sin pensar en las duras consecuencias era algo comprensible, normal. Sin embargo, y bajo la firme condición de que nunca haría nada sin su consentimiento, el caballero accedió a que el joven lo siguiera en su aventura.

En la aldea, constituida mayormente por precarias casuchas de techos de paja, la anciana fue la única en soltar información. Datos valiosos que según ella venían arrastrados por los siglos, pero que sin pruebas que los respaldaran solo terminaban siendo interpretaciones de las propias leyendas.

De aquel sitio no hubo nada nuevo que ayudara a agilizar el viaje. Ningún detalle que puntualizara

un lugar, que trazara una X donde se pudiera desvelar el secreto.

Ya lejos de allí, y movilizados por el hecho de que el día pendía de un hilo, ambos se despojaron de sus yelmos y escudos, asentándolos en el suave pastizal que crecía al borde de un cristalino y sosegado arroyo.

Horas más tarde, la cara de la luna llena, brillante y circular, reinaba en lo alto del cosmos.

Apagaron la fogata y se acostaron. La luz del satélite era lo suficientemente poderosa como para no mantenerla encendida. Pero debían estar atentos, en aquel bosque existían peligros que nada tenían que ver con las furiosas emboscadas de caballeros enemigos. Existían seres que también habían emprendido la búsqueda por el Grial, y que harían lo que fuera por obtenerlo. No obtendrían misericordia ni siquiera al proclamar que no llevaban el tesoro consigo. Sin ir más lejos no sabían cómo lucía. Había diversas ideas revoloteando por ahí acerca de qué aspecto presentaba. Unos decían que era un plato, del que Cristo hizo uso en la última cena; o el cáliz empleado para recoger su sangre en el momento de la crucifixión. Pero nadie estaba cien por ciento seguro. Por lo tanto los cruzados se manejaban a base de hipótesis.

En otro pueblo, un aldeano ciego y raquíntico, les comentó que una vez encontrado el objeto codiciado (que él sostenía era una piedra preciosa) uno podía hallar el verdadero sentido de la vida. A pesar de la abrumadora declaración del hombre, que insertaba un nuevo diseño físico a

“Unos decían que era un plato, del que Cristo hizo uso en la última cena; o el cáliz empleado para recoger su sangre en el momento de la crucifixión. Pero nadie estaba cien por ciento seguro.”

tener en cuenta, el caballero y el joven Galahad se quedaron el resto de la jornada. Una fiesta se iba a llevar a cabo, pero también lo hicieron a pedido de un par de mujeres solitarias que los observaron con ojos lujuriosos. Mucho más tarde, supieron que sus antiguos maridos habían fallecido meses atrás bajo el asedio de Sir Mordred, contraparte fatal del Rey Arturo.

Convencidos en sí por la hospitalidad de la gente y por la inexplicable sensación de que podían estar mucho más cerca del territorio donde reposaba el Grial, descansaron otros dos días.

Tal vez el encuentro casual pero fructífero con el sexo femenino terminó por henchir los compartimientos de esas dos grandes fuentes de energía, como lo son el valor y la esperanza; ánimos que cualquiera con el propósito de triunfar necesitaría para emprender una misión como ésta.

El caballero y Galahad partieron con un saludo cordial, escoltados por un puñado de aldeanos que les ofrecían artesanías y sacos repletos de frutas y verduras para el resto de la travesía, montando sus caballos e internándose en las fauces de una nueva y misteriosa pista.

Encuentren a los ángeles, les dijo un fraile de cara rubicunda que arribaba en la aldea en una pequeña y desvencijada carreta tirada por dos burros. Estos ángeles serían la primera fase de tres terribles pruebas que los individuos tendrían que afrontar si llegaban sanos y salvos al aposento, el cual se trataba de una capilla hecha principalmente de rocas macizas donde vivía el Rey Pescador, o mejor llamado el Guardián del Grial. Protegido por estas devastadoras fuerzas del paraíso. Ya que citando al fraile: *No se acercaban a ningún concepto de ángel que el conociese*.

Guiados por la caligrafía de un antiquísimo mapa, obsequio de un misterioso juglar errante, que para sorpresa de los viajeros compartía los mismos conocimientos místicos del monje, arribaron a la rocosa capilla luego de casi una semana de surcar puentes, ríos y bosques que gracias a su naturaleza encantada hacía temblar hasta a los más valientes.

La edificación se caía a pedazos. De cerca parecía ser solo un par de bloques puestos uno encima del otro. No obstante había un rasgo característico de aquel sitio perdido que era difícil de ignorar. Formando una L alrededor de la vetusta construcción, un plantío de azucenas contor-

“El caballero y Galahad partieron con un saludo cordial, escoltados por un puñado de aldeanos que les ofrecían artesanías y sacos repletos de frutas y verduras para el resto de la travesía.”

neaba la hosca y retorcida figura de la capilla.

El caballero bajó del corcel y le dijo a su joven acompañante que aguardara hasta que el regresase.

Aquel perfume suave y exquisito de las azucenas embriagaba el aire, y cuando el cruzado se encaminó finalmente hacia la entrada experimentó la sensación de estar traspasando una densa capa de humo transparente.

El suelo en esa zona era arcilloso y de entre la tierra asomaban cientos de huesos y calaveras.

De los ángeles no había rastro. Al fin y al cabo las leyendas estaban infundadas tanto en testimonios comprobados como en hueras mentiras.

Con lentitud el caballero se fue acercando y subiendo tres finos escalones ingresó sin dramas a la ruina, pisando las baldosas salientes y rajadas desde donde los pétalos curvados de las azucenas emergían como majestuosas trompetas celestiales.

En el interior se alzaba una inmensa piedra caliza. Por sobre ésta un cofre bañado en oro dormía completamente abierto.

Había ensayado las dos preguntas obligatorias que debía hacerle al Rey Pescador: *¿Qué era el Grial? ¿Y a quién servía?* Pero el guardián parecía no estar presente.

¿Acaso era otra farsa amenazante para bajar las altas expectativas de los que lo buscaban? No lo sabía, por ello avanzó con paso sigiloso, volteando de vez en cuando para ver que nadie lo tomara de imprevisto.

Cuando estuvo al frente del cofre observó con detenimiento el contenido. Una copa decían algu-

nos; un plato sagrado, testigo de la última cena de Cristo, confirmaban otros. Todos se habían equivocado. Lo que reposaba allí dentro era un libro. Cubierto de un extraño material y que no se parecía a ningún otro libro que hubiese visto antes.

Con manos inseguras lo tomó y desplazó la tapa a un lado, descubriendo así el verdadero significado de la vida.

Diapositivas encerradas en celdas de plástico mostraban circunstancias congeladas en el tiempo. Imágenes palpables de su casamiento: él introduciendo la sortija en el anular de su esposa. Del nacimiento de su primer hijo en la sala de parto, sosteniéndolo delicadamente. Fotografías de éste en su primer año de colegio. Otras donde estaba disfrazado del Conde Drácula para una fiesta de disfraces; otras posando con sus compañeros del equipo de fútbol. Había también de su hija mayor mostrando una radiante sonrisa que le abarcaba casi todo el rostro al dejar que la vistieran para sus quince; otra conduciendo su primer automóvil, usado, detalle que a ella jamás le había importado; otra en su propio casamiento. Luego la desoladora imagen de la tierra revuelta y el ajado perfil de una tumba... Entonces la luz entró violentamente por la ventana del hospital y los ojos del caballero se colmaron de lágrimas. Su cuello no podía moverse pero la sintió junto a él. Sí, en efecto, allí estaba como siempre a su lado, tejiendo una bufanda de colores vivos con la mirada compenetrada. Aún llevaba el anillo, ahora un poco más gastado por el transcurso de los años. Y aquel aroma en el aire, su perfume, el que tenía el día que la conoció.

¿Recordaba otra cosa? ¿Podía saber quién era realmente?

“Del nacimiento de su primer hijo en la sala de parto, sosteniéndolo delicadamente. Fotografías de éste en su primer año de colegio. Otras donde estaba disfrazado del Conde Drácula para una fiesta de disfraces; otras posando con sus compañeros del equipo de fútbol.”

Por un instante el abuelo tuvo un atisbo de su vida pasada, segundos cargados de luminosos recuerdos, lejos de las enfermeras, de las sondas, del catéter, del dolor punzante de no saber. Solo para hundirse nuevamente en aquel profundo sueño de fantasía.

Ediciones Rocamadour



¿CONOCES NUESTRA PÁGINA WEB?

www.edicionesrocademadour.com.ar

Ingresá y seguí leyendo historias originales





el auge de corea del sur y la crítica social

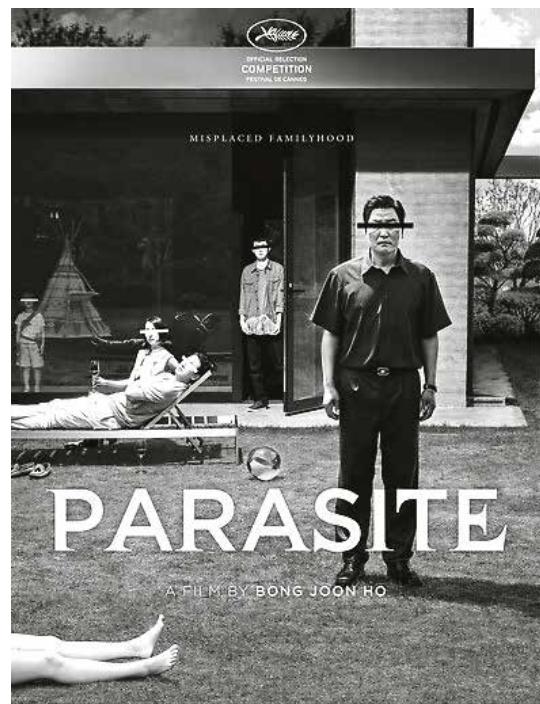
Por Pablo Rodríguez Ortiz

La industria del entretenimiento en Corea del Sur se está expandiendo a un nivel arrollador por todo el mundo. La música pop coreana está invadiendo la cultura de occidente desde hace ya varios años, primero con el megahit de PSY, “Gangnam style”, que parodiaba a los habitantes de la ciudad más paqueta de Seúl y ahora con la banda de chicos BTS, que increíblemente, al contrario que los ídolos de bandas pop de norteamérica, ellos cuentan en sus letras con fuertes críticas sociales. Películas, novelas, series de televisión, se están viendo cada vez más a lo largo del globo, y de ahí ha surgido una ola de directores de cine que traen innovación y frescura en la industria entre tanta *remake* o adaptación que se da en Hollywood, y como tópico recurrente en sus obras aparecen las desigualdades sociales.

Park Chan-Wook es el primero en generar mucha aceptación por fuera de su país con la llamada *Trilogía de la venganza*, que arranca con la película *Sympathy for mr vengeance*, de 2002, sigue con *Oldboy*, de 2003, y finaliza con *Lady Vengeance*, de 2005. Luego de otros trabajos, incluido una colaboración con Hollywood, Park estrena, en 2016, *The Handmaiden* (La doncella), un thriller de época inspirada en la novela *Falsa Identidad* de la escritora galesa Sarah Waters. Otro director a destacar es Lee Chang-dong que entre 1997 y 2010 estrenó 5 películas (*Green fish*, *Pappermint Candy*, *Oasis*, *Milyang* y *Poetry*) todas con buena repercusión y críticas que le va-

lieron gran respeto internacional, aunque pasaron 8 años hasta que volvió a sacar una película. *Burning*, de 2018, basada en el cuento *Barn burning* de Haruki Murakami, es un drama sobre un muchacho que se reencuentra con una vieja amiga de la infancia y con la que parece querer empezar una relación hasta que otro hombre aparece en sus vidas.

Y el último director coreano en esta lista que voy a recomendar es Bong Joon-ho, que comenzó a ser conocido a partir de su película *Memories of*



Parasite se estrena el 23 de enero en nuestro país.

Murder, de 2003, y luego saltó más a la fama con el film de terror *The Host*, de 2006, que obtuvo el récord de mayor recaudación en su país. Lo siguiente en su filmografía fue *Tokyo* (2008), *Mother* (2009), *Snowpiercer* (2013), *Okja* (2017), y finalmente *Parasite*, de 2019, que fue galardonada con la Palma de oro en el Festival de Cannes, Ganadora del Globo de oro a mejor película extranjera, y obtuvo 6 nominaciones en los Oscars, incluida mejor película extranjera y mejor película.

Las últimas obras de estos 3 directores comparten como subtexto la diferencia social entre clases. Es un tema que aparece bastante como crítica en la cultura coreana y se le ha dado nombre popularmente a esta división por la cantidad de sus ingresos. *Los cucharas de oro* son la élite de la sociedad que representa al 0,1%, *Los cuchara de plata* son el 3%, por debajo, les siguen *Los cuchara de bronce o cobre*, que serían un 8%, y todo el resto son *Los cuchara de tierra*. Este crecimiento en la desigualdad está ligado a la prosperidad de las grandes marcas coreanas como Samsung, Hyundai o LG. Su expansión ha colocado al país como la 11º mejor economía del mundo.

“Parasite, de 2019, fue galardonada con la Palma de oro en el Festival de Cannes, Ganadora del Globo de oro a mejor película extranjera, y obtuvo 6 nominaciones en los Oscars, incluida mejor película extranjera y mejor película.”



Póster oficial de la película de 2018.

En *Parasite* la comparación está más que visible entre una familia marginal que gana dinero haciendo cajas de pizza y otra familia acomodada envuelta en grandes lujos. En el mundo de los ricos se les exigen méritos a los más pobres que quieren trabajar con ellos, pero no les exigen nada a sus pares o a sus herederos. La meritocracia es una fachada que impide el ascenso social.

En *Burning*, el protagonista, Jong-su, es un muchacho que trabaja en el campo cerca de la frontera norte y su amiga Hae-mi le presenta a Ben, un hombre de la alta sociedad con el que, sin buscárselo, terminará relacionándose. Otra vez la diferencia social entra en juego mostrándonos dos mundos completamente distintos y a la vez la situación de los jóvenes en Corea del Sur. Hae-mi vive en un “goshiwon”, un departamento cubículo de 5 metros, mientras que Ben tiene una casa amplia, maneja un auto deportivo y almuerza en restaurantes caros. Lleno de sutilezas y misterio se sugiere una especie de Christian Bale en *American Psycho* pero a libre interpretación de



Bong Joon-ho celebrando el galardón obtenido en el festival de Cannes.

cada espectador.

En *The Handmaiden* la época es otra. Ambientada durante la ocupación japonesa de Corea en la primera mitad del siglo XX, pero la diferencia de clases está más que presente y conlleva a las motivaciones de los protagonistas, dos estafadores, Fujiwara que se hace pasar por conde y



Handmaiden, basada en la novela *Falsa Identidad* de Sarah Waters

“Si la desigualdad social está creciendo en todo el mundo eso va a comenzar a reflejarse cada vez más en la cultura.”

Sook-he, una carterista que se hace pasar por criada para intentar quedarse con la herencia de lady Hideko la hija de una importante familia japonesa.

Estas historias convergen en un tema que pasa siempre al filo del *mainstream* general. Si la desigualdad social está creciendo en todo el mundo eso va a comenzar a reflejarse cada vez más en la cultura. *Roma*, de Alfonso Cuarón, *Un asunto de Familia*, de Hirokazu Koreeda, o *The Florida Project*, de Sean Baker, son otros ejemplos de los últimos años que se llevaron los aplausos de la crítica internacional. Quizás no falte mucho para que las desigualdades sociales se puedan ver bien reflejadas y como tema central en los tanques de Hollywood o los Blockbuster de superhéroes.

enp

ENCENDIDO MARCOS PAZ
REPUESTOS MULTIMARCA

KM DE OFERTAS

CARRERA DE PRECIOS BAJOS

PREPARÁ TU AUTO PARA EL VERANO Y TUS VACACIONES!

ENCONTRA TODO ESTO Y MUCHO MÁS EN



KIT REGLAMENTARIO DE SEGURIDAD



10% OFF

IMPRESCINDIBLE PARA LA RUTA!

LÍNEA TÉRMICA **15% OFF**

REFRIGERANTE | SENSOR TEMPERATURA
TERMOSTATO | RADIADORES | ELECTROVENTILADOR



MANTENÉ LA TEMPERATURA IDEAL DE TU AUTO



FILTRO DE ACEITE + FILTRO DE AIRE

15% y 20% OFF

BOSCH



COMBINÁ TUS FILTROS
CON EL **LUBRICANTE**
QUE MÁS TE GUSTE!

15% OFF

Shell

ELAION

TOTAL

BATERÍAS



BATERÍA para Tractor
Corta césped

15%, 20% y 25%
de descuento!

Dr. Marcos Paz 1297 - Marcos Paz
ID: 570-6308 | TEL: (0229) 477-4155 / 5212

TODAS LAS FORMAS DE PAGO Y LA MEJOR FINANCIACIÓN!



entre TINTAS

DISEÑO & COMUNICACIÓN

BAJADAS
IMPRESIONES
LASER
COLOR & B/N

VINILOS
decorativos

FRASCOS / PAREDES / VENTANAS / MUEBLES Y MUCHO MÁS

TAZAS, JARROS, MATES
ARTÍCULOS SUBLIMABLES - SUPER PERSONALIZADOS

ESTAMPADOS
SERIGRÁFIA - SUBLIMACIÓN - VINILO TERMOTRANSFERIBLE

FOLLETOS | TALONARIOS
BOLSAS | SOBRES | IMANES

GRAN FORMATO
LONA FRONT | MESH | VINILO IMPRESO | BANNERS
ESMERILADO | MICROPERFORADO | VEHICULAR

PLOTEOS CAD
{ 1 METRO DE
ANCHO }

diseño de
VIDRIERAS
CARTELERÍA
MARQUESINAS - BICICLETEROS - CARTELES EXTERIO E INTERIOR
VARIEDAD EN MATERIALES - INCLUYE COLOCACIÓN

SAN MARTIN 77 | MARCOS PAZ

www.entretintas.com.ar

entretintasd@gmail.com



011 38898869
02227 467530